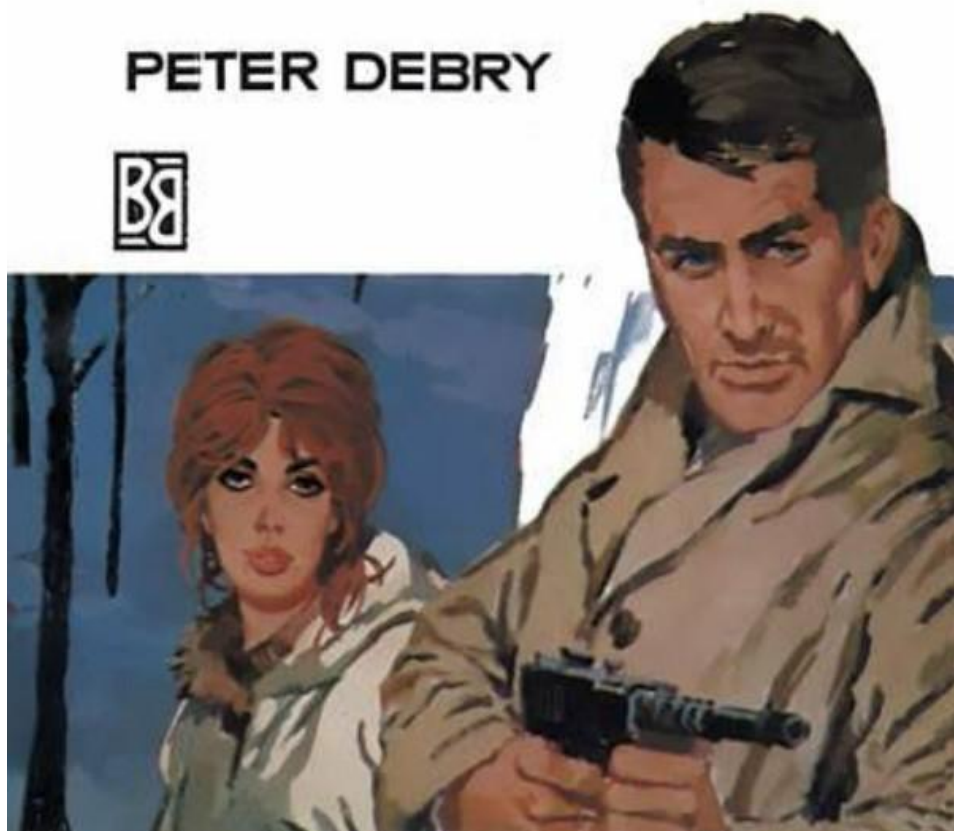




TRAFICANTES DEL MIEDO

PETER DEBRY



TRAFICANTES DEL MIEDO

SS Nº 964

Autor: Peter Debry

UUID: ae1e41e3-c817-40af-b411-e43a8a9cd285

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LEGARS había recogido a la pasajera a medio camino de Moissac, en uno de aquellos pueblos, casi aldeas, que jalonaban doscientos kilómetros de carretera tortuosa.

La viajera resultó en cierto modo avalada por una docena de personas vistiendo luto que la escoltaban junto a la parada del autocar. Un autocar que tardaría aún media hora.

Y Legars, en contra de su costumbre, hizo una excepción. Su pasajera, una joven pálida y delgada, vestida enteramente de negro, llevaba los cabellos estirados hacia la nuca, rematando en un rodete.

Ninguna amabilidad pudo distender el rostro severo de la desconocida. Sentada inmóvil, cruzando los brazos sobre una bolsa de piel negra, no abrió ella la boca en todo el trayecto.

Se esquinaba contra la portezuela, lo más lejos posible de Legars, como para prevenir cualquier contacto.

La desconocida descendió en su punto de destino, a la entrada de Chaumont. Bajó también Legars. Había parado su “Alpine 1.300” en la esquina de una calleja bordeada de casas de una sola planta con jardincillo. Dijo:

—Voy a darle su maleta.

La mujer contorneó el coche alisando su falda con gesto meticuloso. Legars abrió el portaequipajes dejando sobre la acera una vieja maleta de madera, pintada de negro, que pesaba una enormidad.

No esperaba las gracias, ni siquiera una sonrisa cortés, pero su pasajera, por fin, consintió en separar los prietos labios. Su voz era

seca:

—Tiene que excusarme. Acabo de perder a mi marido. En momentos semejantes, como usted comprenderá no se tienen ánimos para charlar.

Al mismo tiempo, la mirada de sus ojos demasiado claros, de un gris desvaído, detallaba a Legars con una curiosidad molesta. Él, inclinó bruscamente la cabeza, y embutiéndose en el coche, arrancó.

La circulación era escasa. De vez en cuando, un coche solitario como el de Legars. Conducido también por un hombre cansado, pensando en su libreta de pedidos, en la etapa nocturna, y en los ochocientos kilómetros que todavía le separaban de Clemont-Ferrand.

En el hotel Royal, todo cambió. Eran las cuatro de la tarde, pero los cañizos albergaban aún numerosos coches. Las cristaleras del restaurante dejaban ver el animado banquete de bodas, ya en la ruidosa sobremesa.

Estacionó Legars en una alameda, y volviéndose recogió su portafolios y el maletín de noche. El botones montaba guardia al pie de la escalinata. Dijo con timidez:

—Lo siento, señor. El hotel está completo.

—Para mí, no. Tengo habitación reservada, como de costumbre. He escrito. Vamos a ver al dueño.

Subió los peldaños, seguido por el mozo que había cogido su maletín. En el despacho, el director Buisset demostró asombro al ver aparecer a Legars.

Sentía mucha simpatía por el tranquilo viajero que cada seis semanas aparecía en Moissac. Manifestó sinceramente apenado:

—El chico dijo la verdad. No tengo un rincón libre. Ni siquiera los desvanes.

Seis horas de volante por una carretera tórrida habían extenuado a Legars. Protestó:

—Pero, ¿no recibió mi aviso de reserva?

—Sí, pero llega con dos días de anticipación.

—¿Cómo dice usted?

—Véalo usted mismo.

Buisset rebuscó en su archivo de correspondencia y extrajo la carta. Legars leyó lo que él mismo había escrito. Jueves, en vez de

martes. El amable Buisset meneaba la calva cabeza con expresión comprensiva:

—Una distracción es lógica con tanto viaje, señor Legars. Fíjese que además subrayó usted mismo la fecha. Jueves.

—Sí, claro... Y siendo hoy martes... Perdóname, digo bobadas, pero es que estoy bastante fatigado. Puede que encuentre alojamiento en el hotel des Monts.

—Está rebosando desde ayer. Haga un pequeño esfuerzo y lléguese hasta Mazamet. Es apenas una hora de carretera. Telefóne al Commerce y al llegar, encontrará usted una excelente habitación.

—Estoy ya de volante hasta la coronilla —sonrió Legars fastidiado.

El botones se había aproximado. Sugirió:

—¿El refugio de Grosjean?

Dándose una palmada en la frente, exclamó Buisset:

—¡Magnífico! ¿Cómo no pensé en esta solución?

Extrañado, arqueó Legars las cejas. Aclaró Buisset:

—Es un nuevo hotel de altura, inaugurado en mayo, sobre la nueva carretera que llega hasta Montignac. Los aldeanos creyeron loco al propietario, pero el buen hombre ha ganado una fortuna durante los cuatro meses veraniegos con sus bungalows y su restaurante panorámico.

—¿Está lejos?

—Apenas quince kilómetros. Llegará en diez minutos. El hotel es nuevo y está bien equipado. Tiene la plena seguridad de pasar una noche fresca y tranquila. ¿Quiere que haga telefonar?

—Pues sí, agradecido.

Pensó Legars que el rodeo era insignificante. El botones fue a colocar el maletín en el coche. Buisset insistió en que el viajero aceptase una copa. La de la amistad. Y en el bar preguntó por rutina:

—¿Le han ido bien los negocios?

—No puedo quejarme. Además, el trabajo es fácil. La O.R.V.E.L., sigue todavía siendo la única fábrica de Francia que suministra electro-bloques de soldadura. Nada tengo que transportar. El cliente elige sobre catálogo y todo mi muestrario cabe en este portafolios.

Lo que por modestia natural, no añadía Legars, era que los vendedores de la Orvel, tenían que proceder obligatoriamente de la

Escuela de Ingenieros. Había elegido aquella existencia nómada que le liberaba de la disciplina del despacho.

Por lo menos, viajando, no se agriaba, ignoraba el tedio y hasta beneficiaba su vida conyugal. Cada regreso era casi una renovada luna de miel con la paciente y discreta Denise.

Ya estaban bailando en la gran sala y Buisset tuvo que volver a ocuparse de los invitados a la boda. Legars abrió su carpeta de correspondencia y escribió la carta cotidiana a Denise:

“Etapa en plena floresta montañera, cerca de Moissac. Sigue hacienda un calor de horno. Estoy satisfecho de mi gira. Llegaré probablemente el 25 ó 26. Besazos, Roger.”

Doblando la carta, presionó los bordes engomados y escribió la dirección de París. Quedó con el bolígrafo en el aire.

Vernon, el jefe de ventas de la Orvel, exigía de su gang, unos informes de ruta frecuentes. Legars, na había escrito nada desde su paso por Tarn, cuarenta y ocho horas antes.

Pero el gran pedido que había logrado en Narbonne debía haber causado una impresión duradera, y no tenía ganas de escribir más.

Llamó al botones:

—Échame esta carta en correos lo antes posible.

El muchacho le acompañó hasta el coche, cerró la portezuela y recibió la propina con satisfacción. Antes de arrancar preguntó Legars:

—¿La carretera hasta el Refugio es buena?

—Excelente. La remendaron toda en primavera. Y ahora que está finalizando la temporada, no encontrará usted ni un gato.

La carretera iba ascendiendo en espiral por la abrupta cuesta. Tras el último viraje, El “Alpine” penetró por una larga recta algo pendiente flanqueada por altos murallones rocosos.

Y desembocó en la llana extensión brumosa de la meseta. Eran las cinco y el sol de fines de setiembre, recaía oblicuamente en un cielo cuyo azul derivaba al grisáceo.

Conducía sin prisas. A los lados, taludes, matorrales, y muy espaciados, tejados reventados de viejas granjas abandonadas o parideras de ganado. Delante, nadie. La nueva pista de asfalto permanecía desierta hasta el final del horizonte.

En el kilómetro 9, un gran panel publicitario, indicaba al turista que el Refugio Grosjean se hallaba al fondo de aquel paisaje lunar.

Prometían en conjunto: “Confort americano, mesa refinada, con especialidades regionales, situación única con panorama sobre las gargantas del río, cura de aire puro y total quietud silenciosa.”

De esto último no le cabía la menor duda a Legars que sonrió burlón. Era difícil hallar un sitio más solitario y quieto en toda Francia.

La carretera se hundía ahora en virajes por una depresión. Y de nuevo emergió en línea recta entre rocas. La última granja desapareció tras una escarpadura.

El Alpine rodó un medio kilómetro por aquel desierto rocalloso, y de pronto Legars, inclinándose sobre el volante, aflojó el acelerador.

Una silueta encorvada se movía a la distancia. Una mujer que parecía estar buscando algo entre los cardos del talud. Al oír el ruido del motor, ella se irguió con calculada lentitud.

Un rostro blanquísimo, de extraña boca destellando un carmín casi sangriento. Un mechón rubio contrastaba con el cabello castaño cortado muy hombrunamente. Llevaba una camisa de franela verdosa, téjanos de fantasía negros con costuras rojas, y mocasines polvorientos.

Cuando el coche distaba unos veinte metros, la muchacha saltó a la carretera, abriendo los brazos. Legars había cambiado de marchas y avanzaba a poca velocidad.

Pero en un segundo, olfateó en aquel encuentro algo distinto a un banal incidente de carretera. No había a la vista ni un coche, ni una tienda de campaña, y por más lejos que mirase, ni rastro de camping.

Dio un leve golpe de volante para esquivar a la muchacha, y al paso, percibió la sonrisa provocativa de la boca sangrienta, y los saltones ojos, negros como azabache.

La extraña desconocida saltó a un lado lanzando un grito salvaje.

Legars fijaba ya los ojos carretera adelante, pero de soslayo, sobre su derecha, percibió una imagen fugaz, la de una silueta masculina bajando por el talud.

Pisó brutalmente el acelerador. La carretera se elevaba en pendiente, contorneando un macizo rocoso. Y al penetrar por aquel desfiladero vio Legars a los dos hombres.

Codo a codo, en medio de la carretera.

Legars no estaba bastante embalado para sentirse invulnerable. Además cometió el error de frenar.

Las radiaciones diagonales del sol se reflejaron en las dos pistolas ametralladoras que encañonaban el parabrisas.

CAPÍTULO II

FATALISTA, pensó Legars que había olvidado ya las lecciones prácticas ejercitadas en Argelia. Sobre todo la máxima primera del oficial paracaidista del comando:

"No olviden nunca que un soldado, cazador o perseguido, ante cualquier duda, debe primero disparar a mansalva. Más vale equivocarse en el ramalazo de la sorpresa. Porque el menor titubeo puede suponer la muerte con tortura preliminar."

Ahora ya era tarde. La reacción penetró en un cuerpo entumecido por diez años de vida normal.

Detuvo el "Alpine" junto al altozano. Un tercer hombre estaba apostado a unos cien metros sobre la cresta. Vuelto de espaldas, vigilaba el fondo de la carretera que los demás no podían ver desde el sitio de la emboscada.

Atrás, la recogedora de cardos subía a grandes zancadas hacia él echando a ratos miradas por encima del hombro.

El motor se había calado. Un silencio irreal impregnaba aquel paisaje seco y luminoso cuyos horizontes brumosos temblaban de calor.

Legars se inclinó hacia adelante para apretar el freno de mano, y sus dedos tantearon febrilmente bajo la banqueta.

Pero los dos asaltantes ya estaban pegados a las portezuelas y encañonaban sus armas, apretando los maxilares. Juzgó Legars que no eran novatos ni delincuentes circunstanciales. Preguntó:

—¿Qué quieren?

—Baje. No pedimos otra cosa.

Las voces resonaban como graznidos en el aire estancado. El

mayor de los dos, un grandullón, cuarentón, de rostro macizo, y ojos amarillentos de bilis, le abrió brutalmente la portezuela izquierda sin separar el dedo del gatillo de su pistola ametralladora. Ordenó incisivo:

—Vamos. Baje.

Revestía un mono gris a tirantes, con camiseta de lana granate. Las mangas cortas descubrían unos brazos musculosos, recubiertos de vello negro.

Legars se apeó, tomando tiempo. Los segundos transcurrían a cámara lenta, como en una pesadilla. Todavía seguía incrédulo y se esforzaba en no mostrar temor alguno.

—Ahora de la vuelta al coche.

Legars obedeció. El más joven todavía no se había movido. Únicamente, el cañón de su arma seguía el movimiento circular del viajante. Llevaba el mismo mono gris, sin camisa ni camiseta, cruzados los tirantes directamente sobre un torso flaco y bronceado.

Su rostro sudoroso se distendió poco a poco. Examinó el coche con una sofocada risita de complacencia. Y anunció riendo:

—Vaya bólide más estupendo. Exactamente lo que nos hacía falta.

El centinela de la cresta se volvió, ahuecando las manos en torno a la boca, gritando:

—¡No veo nada! ¡Pero será mejor que os apresuréis!

El grandullón se aproximó a Legars, alzado el cañón, apuntando a la cabeza:

—Necesitamos su coche. Lo demás, nos tiene sin cuidado.

—Cójalo y lárguense. Pero les advierto que acabará por costarles mucho más caro que si lo hubiesen comprado nuevo. Vayan donde vayan siempre sabré encontrarles.

El joven rio sarcástico:

—Esto es lo último que debía decirnos, hombre.

Legars se volvió hacia él para grabar en su memoria aquel rostro de rata, de labios delgados y retorcidos, cuya expresión desdeñosa era insoportable. Retó Legars:

—Anda, dispárame a las tripas, chico. ¿A qué esperas?

—¿Oíste, Michel? —rio el flaco—. Explícale al señor que no queremos ensuciar la carretera. Ya le destriparemos detrás de las rocas, con mayor comodidad.

Michel ordenó:

—Registra el coche, Riton. ¡Pronto!

Riton internó el busto y descubrió prontamente la “Luger” encajada bajo la banqueta. Un trofeo de guerrillas que Legars había conservado del duro invierno del 58, en los montes argelinos.

Riton “Cara de Rata”, deslizándose la “Luger” en su amplio bolsillo, ironizó:

—Precioso juguete. Lástima que estos trastos no funcionen solos.

Michel, el fornido moreno, emitió una risotada antes de afirmar:

—No basta llevar petardo, caballerete. Hay que saber emplearlo. Lo cierto es que le hemos atrapado como a un palomino.

Legars habló con voz suave, insinuante:

—Hablar es fácil, compadres. Dejen mi pistola sobre el motor, y retrocedan solamente cinco metros. Contamos luego hasta tres y a disparar todos. Un juego bestia, pero divertido. Seguramente palmaré, pero por lo menos a uno de vosotros lo relleno de plomo. ¿A qué no hay riñones, compadres?

Los dos asaltantes le miraron en silencio. Aquella aparente fanfarronada del apacible viajante, les desconcertaba. Por fin, gruñó Miguel:

—El tipo está borracho. Se cree en el cine, viendo una película...

El que vigilaba a lo lejos vociferó:

—¡Venga, aprisa!

Riton se instaló al volante. El “Alpine” había quedado en toma de marchas y la vuelta de llave del contacto le hizo saltar hacia adelante, lo cual le produjo un respingo.

Legars esperaba aquel instante para actuar. Entornados los párpados miró a Michel que, de soslayo, seguía acechándole, apoyada la culata de su pistola en la cadera.

Legars avanzó un paso, mirando a otro lado. Y otro paso, que lo acercó insensiblemente a tres metros del arma encañonada. Mientras, Riton se afanaba al volante, maniobrando por tres veces para virar sobre la carretera demasiado estrecha.

Legars rio en carcajada sinceramente divertida. Ladró Michel:

—¡Vaya a sentarse sobre el talud! Y se coloca las dos manos a la nuca.

Legars hacía un rápido cálculo muy desagradable. Ninguno de aquellos granujas parecía preocupado por estar operando a rostro

descubierto. Y su despreocupación adquiriría un significado clarísimo. Suprimirían al único testigo.

Encogiendo los hombros, silabeó Legars:

—¿Las manos al cogote? No me haga reír. No estoy de temple para hacer gimnasia ahora.

Dio un paso más, rígido el busto, colgantes los brazos. Era un riesgo que debía correr... La ráfaga no brotó. El rostro macizo de Michel se endureció, y habló en voz baja, ronca:

—Se cree un tipo duro, ¿eh? Retroceda, amigo. Un pasito más disimulado, y lo parto por la mitad, ¿está claro?

Legars retrocedió. No cabía intentar ningún farol. Aquel hombre ya había matado. Se leía en sus ojos amarillentos. Y tenía la freidora por el mango.

El “Alpine” regresaba, petardeando, y se paró ante Michel y Legars. El joven de cara ratonil se inclinó para abrir las portezuelas del lado derecho.

El centinela de la cresta, un rubio rechoncho y con falta de afeitado, bajaba la ladera corriendo esgrimiendo en alto su metralleta. Bramó:

—¡Dos coches al horizonte! Y acuden rápido. Antes de cinco minutos estarán aquí.

Legars vislumbró una posibilidad de salir del atolladero, buscando el cuerpo a cuerpo, intentando una reyerta lo suficientemente confusa para impedir a los otros disparar.

Intentó llegar al centro de la carretera. Michel y el rubio se descolocaron con aire taimado y lo empujaron hacia el coche con toques de sus cañones en la espalda. Conminó Michel.

—Suba atrás. Nadie le hará daño. Pero si se mueve, le incrusto la mitad del cargador en la cabeza... ¿Está claro?

De pronto a su espalda, oyó Legars una especie de arrullo agudo. Giró sobre los tacones y se encontró de frente a frente con la muchacha de tejanos negros que estaba detenida a altura del capó.

Su roja boca parecía una llaga en el rostro cremoso. Reía complacida, y sus negros ojos saltones relucían de diabólica malignidad.

Fue golpeando con el índice sobre el pecho de Legars, hablando con deje arrastrado, barriobajero:

—El señor no quiso parar. Tal vez yo no le resulto bastante

bonita al señor. Por suerte, hacía ya casi una hora que esperábamos al hombre solo. Le vi venir de lejos. Los otros también. No tenía la menor posibilidad de pasar. Y ahora, ¡vas a saber lo que es bueno, señorón!

Legars se abalanzó sobre ella.

Un recio culatazo lo extendió inerte a lo largo de su coche.

CAPÍTULO III

SUS ojos se abrieron en las tinieblas. No adquirió noción de la total oscuridad hasta transcurridos varios minutos. Hacía mucho frío.

Capas de aire helado bajaban con lentitud sobre su cuerpo extendido boca arriba. Aquello significaba, al exterior, una noche de luna plateada la montaña nevada. Con el sueño matando a hombres casi congelados en los puestos de escucha.

Legars pensó primero que los patrulleros argelinos, los felaga fanáticos, le habían amarrado desde los hombros a los tobillos. Intentó moverse. Su brazo derecho se apartó fácilmente del cuerpo, pero el izquierdo no obedecía.

Estaba como muerto, doblado por el codo, y apretado bajo los riñones que habían pesado encima durante horas. Rodó a un lado para soltarlo. El brazo muerto se desplegó, y la intensa quemadura de la circulación lo invadía.

Luego fue moviendo lentamente las piernas. Al querer incorporarse sobre los codos un penacho multicolor brotó ante sus ojos, y el dolor olvidado estalló en su cráneo, rellenándole los oídos de zumbidos agudos.

Esperó sin moverse, apretando los dientes. La noche volvió a ser intensamente oscura y silenciosa. Sentado, fue frotándose las extremidades. La memoria tardaba en volver.

Se llevó la mano a la nuca palpando en busca del refilonazo del plomo y solamente halló un chichón rodeado de cabellos viscosos. ¿Qué había pasado exactamente en el camino del relevo, al final de la vereda descendiendo los Montes Djebel?

Los recuerdos acudieron en tumulto. Ya recordaba. El comando de ocho “para” franceses conducidos por el teniente Galard no se hallaban en el lugar de la cita.

Legars había olfateado al instante la embocada, proponiendo a su compañero no esperar más y dirigirse hacia las casas de Najib Oued. Pero el veterano y terco sargento Dumesnil se había empeñado en respetar la consigna.

Mientras, a menos de cien metros, los felagas del capitán Mulud, parapetados tras los retorcidos arbustos, enfocaban sus carabinas automáticas.

Legars se zambulló el primero, de narices en la porosa nieve montañera argelina, fustigado por una bala que le había dejado aquel bulto tan voluminoso que volvió a palpar con cuidado. ¿Luego...?

No había, visto nada de la matanza consiguiente. Los heridos, si había, estarían ya colgando de las vigas de cualquier caserón. El terco imbécil de Dumesnil se lo había buscado, por empeñarse en aguardar.

Lo que asombraba a Legars era hallarse todavía vivó. ¿Por cuánto tiempo? Estarían “cocinándole”, traficando con su miedo, preparándole para cantar de plano apenas le interrogasen.

Enfurecido, pensó que si tuviera al alcance de la mano su metralleta “Skoda” acabaría con todos cuantos estuvieran ahí, en aquella granja de Najib Oued, incluyendo las cantineras felagas, demoníacas, expertas en torturas.

Tendió el oído. Un ronquido, continuado, le llegaba procedente de arriba, a través del espesor del entarimado. No cabía duda. El capitán Mulud, cuyo puesto de mando estaba lejos, al otro lado de los Djebel, tuvo que contentarse con instalar a su comando vencedor donde mejor pudo.

Y en las cercanías de Najib Oued solamente había una granja que dispusiera de un sótano excavado en plena roca. La granja de Larbi, que el comando del teniente Galard había abandonado ocho días antes.

Sus manos rozaron el suelo duro y helado, del que ascendía un olor mineral agriado por el antiguo relente de los quesos de oveja. Sí. Había vuelto a la granja de Larbi, al fondo de aquella caverna que iba a ser despacho de interrogatorio y fosa de torturas.

Legars se conformó. A cada cual su turno. Los traficantes del miedo, de emboscada en emboscada, tenían que enfrentarse a una realidad. No podían esperar misericordia...

De pronto, algo le llamó la atención. Su brazo izquierdo no estaba recubierto por la clásica chilaba moruna de camuflaje. Revestía un tergal gris, de excelente corte, oliendo levemente a lavanda.

Y una manchita fosforescente seguía el movimiento de su brazo izquierdo. Un reloj pulsera, con la esfera vuelta boca abajo. Las manecillas señalaban las dos y minutos. Le entró una especie de vértigo.

Se cortó el hilo de su evocación. Una certidumbre asombrosa acabó por imponerse: hacía años que había escapado de la granja de Larbi. Luego, se abrió un hoyo vacío de diez años.

Aturdido, Legars se cogió la cabeza entre las manos, esforzándose en olvidar el universo de violencia que le había marcado tan profundamente. De nuevo, perdió los sentidos.

Y se despertó, muy lúcido. La marea de los recuerdos acudió en oleada coherente. Se iluminó el pasado más reciente.

Volvía a ver la muchacha erguida ante él, riendo a carcajadas, mientras que por la espalda, uno de los granujas le tumbaba de un culatazo. Lo que había pasado en el intervalo no había dejado más huellas en él que las que acompañaron de niebla su transporte a la granja de Larbi, diez años antes.

Allí como aquí, se había despertado en la negrura y el frío. Todo resultaba igual: aquel dolor atroz en la cabeza, el hombre que roncaba apaciblemente en la planta superior, y como porvenir inminente, la muerte probable, al acecho.

Fue levantándose con gran lentitud, y sus manos en alto rozaron una viga toscamente devastada y que sostenía el entarimado. La siguió hasta tocar el muro al fondo. Una superficie rocosa.

En sentido opuesto, el suelo se elevaba en suave cuesta. Continuó la exploración encorvado, rasando su espalda en el techo. Llegó a un recuadro de troncos, cuyos intersticios estaban taponados con arcilla. El aire helado de la noche se filtraba débilmente por aquel tabique.

La escalera estaba en un rincón, empotrada a la roca. Legars escaló pisando tenuemente, los primeros peldaños. Arqueando la

espalda, empujó sin forzar. Nada se movía. El ronquido había cesado. Un murmullo adormilado y el rascar de un tacón sobre el suelo.

Debían ser dos los que dormían arriba, tendidos en mantas sobre el suelo de maderas. ¿La casa? Alguna de las granjas abandonadas que había entrevisto en la neblina gris y blanquecina de la meseta.

Volvió a descender, y sentado en las tinieblas, le enfureció la idea de haberse dejado sorprender por una cuadrilla. Su fallo había sido no empuñar la “Luger”, apenas presintió algo raro en la muchacha de rubio mechón y negros ojos.

Le habían fallado los reflejos. Y también, ¿por qué no reconocerlo?, le entró miedo. Miedo de exponerse si pisaba a fondo el acelerador. Y no haber acertado con la maniobra adecuada. La que había aprendido en los montes argelinos.

Mala suerte para los demás, si luego resultaban ser del mismo bando.

En Harun-Bel-Abbes, su fulgurante reflejo había salvado en bloque la piel de los setenta comandos que estaban rectamente hacia el avispero.

Legars, tan barbudo como sus dos compañeros, avanzaba adelantado como exploradores, en descubierta. No había peligro en la serrería, ocupada la misma víspera por cinco veteranos seguros.

En la serrería debían reagruparse los comandos. Y en la ventana alta colgaba, envarada por la escarcha, la camisa caqui de contraseña. Legars con sus dos compañeros siguió avanzando.

Sin bajar sus metralletas que continuaban suspendidas a altura de cadera, en posición de tiro. Ya estaban oyendo las risas de sus camaradas conversando tras las cercas de la serrería.

Los tres desembocaron en el patio. Unos veinte hombres, llevando como ellos la blanca chilaba. No habían oído llegar la patrulla. Algunos se volvían bruscamente, abriendo unas bocas enormes...

Pero sus gritos de alarma quedaron recubiertos por el crepitar frenético de las metralletas, y los veinte fantasmones enemigos abatiéndose como bolos, enrojecieron la nieve.

Legars había disparado la primera ráfaga. Los otros dos barbudos no hicieron más que seguir su impulso, su corazonada.

Bajo las blancas chilabas, los veinte cadáveres vestían la ropa de

los fanáticos guerrilleros argelinos felaga.

Luego se supo lo ocurrido. Los cinco veteranos al ver descender el grupo de guerrilleros abandonaron la serrería, creyendo que podrían avisar el resto del comando. Fueron destrozados a dos kilómetros por varias granadas.

Los argelinos, a su vez, ocuparon la serrería sin saber que estaban relevando un puesto destacado del enemigo, y ni se molestaron en colocar centinelas, convencidos de dominar aquel sector.

Legars recordaba que no había titubeado. Sin embargo, nada le había alarmado exteriormente. Y el teniente Galard extrañado, reiteraba:

“Sí, hombre, debiste ver algo delator, y ahora lo has olvidado.”

“No vi nada de nada. Presentí que iban a liquidarme y me anticipé.”

Ahora, en la cueva rocosa, algo había cambiado. Un hilo de luz gris se filtraba frente a él a través del tabique de troncos.

Un barrote de escalera le sirvió de piqueta. Fue abriendo la fisura entre dos troncos. Hasta lograr una especie de tronera. Aplicó un ojo. El espacio que veía estaba iluminado por el sol.

Un patio abandonado, con placas rocosas entre matas de hierba amarillenta, un abrevadero de planchas desunidas, un viejo carromato desplomado sobre sus ruedas rotas.

Y un anfiteatro de maleza coronado por una sierra de rocas grises. Encima de aquella desolación, un cielo azul pálido. Y de pronto, resonó una tos. A escasos metros de la rendija.

Era el rubio rechoncho, de cara amargada. Ladeaba un poco la cabeza, escuchando algo que todavía no se podía oír desde el sótano. Tenía la metralleta colgando boca abajo del hombro. Se alejaba.

Y pasaron los minutos. El hambre y la sed empezaban a torturar a Legars solapadamente. Había dormitado a instantes. Su chichón había reducido de tamaño... Podía pensar con lucidez, y por esta misma razón, se sabía atrapado, sin posible escapatoria.

Hacía instantes que un gruñido de motor rondaba en torno a la granja. Hasta que Legars reconoció el ronquido de su “Alpine”. El coche debía estar bajando en primera, por un camino llevando a la granja.

Volvió a aplicar el ojo a la ranura. El rechoncho caminaba hacia atrás, tendiendo un brazo para orientar al conductor. Por fin, vio su coche deteniéndose junto al abrevadero.

Restallaron las portezuelas y el resto de la banda emergió en el espacio descubierto; Michel, sombrío y furioso, el jovencito con cara de roedor, Riton, y la muchacha cuya roja boca pintada rutilaba al sol.

Discutían. Podía oír Legars retazos de la controversia. Parecía ser cuestión de una larga búsqueda, mal repartida, que solamente aportó a la banda una peligrosa pérdida de tiempo.

Remontaban hacia el edificio. Se aproximaban al pie de la escalera exterior, y paraban. No quedaban visibles, pero esta vez, oía Legars muy claramente las voces. Michel decía tajante:

—Cada uno hará su paquete y se cuidará de conservarlo. No quiero ya más discusiones. Ya hemos perdido toda una noche, haciendo los boy-scouts por la floresta. Si perdemos más tiempo aquí, corremos el riesgo de ver acudir a la loca con refuerzos.

—Loca, loca, no tanto —rebatía Riton—. Di más bien que es una hipócrita con muy mala baba.

—Precisamente por esto mismo, no os hagáis ilusiones —afirmaba Michel—. No son los gendarmes de esta puerca comarca los más peligrosos. Un telefonazo pronto lo larga Marisa y el viejo siempre tiene gente de choque a mano. Un coche bien pilotado se planta pronto aquí, en menos de seis horas. Y si veis surgir al viejo al volante de su bólido, los cuervos de esta comarca engordarán con vuestras carroñas...

La risa provocativa de la muchacha anticipo su intervención:

—Avisado o no por Marisa, el viejo no se atreverá a moverse. Le conozco demasiado bien al muy cerdo... Apenas sale de su despacho, no es más que un burgués acoquinado que si avista un poli a cien pasos, se excrementa de miedo. Yo creo que es mejor tratar de atrapar a Marisa y nos quedaremos tranquilos.

—Estará ya lejos la muy loca.

—No mucho. La carretera pasa a tres kilómetros y ha sido el lado que hemos vigilado más de cerca. Si hubiese seguido ocultándose tras la granja la habríamos suprimido tarde o temprano. Con aquel claro de luna, se veía bien. Y ahora tenemos que seguirla buscando, maldita sea...

Se lamentó Ritón:

—Laila tiene razón. Además me apuesto lo que sea a que Bruno no exploró el terreno muy lejos. Tiene demasiado miedo de que nos larguemos dejándole solo.

Bruno, el rubio rechoncho, protestó indignado:

—¡Vete tú mismo, cretino! Empuña tu petardo y corre detrás de la rubia. Ya me gustaría veros a los tres explorando los contornos... A cincuenta metros de aquí, se pierde de vista la señal, y ni un mal camino para orientarse. Estuve dando vueltas por dos horas antes de poder encontrar la granja.

—¡Se acabó el cotorreo! —gritó Michel furioso—. ¡Levantamos el campamento y volando! Os doy media hora para recoger el petate y dejar todo en orden. Esta barraca es una ruina, pero alguien podría venir a husmear por aquí. Sería del género idiota dejar huellas.

Preguntó Bruno:

—¿Y el “Renault”, qué?

—Lo abandonamos. Luego irá Ritón a despeñarlo en el abismo.

Ritón chilló agudamente:

—¡Ey, ey! A mí siempre me encasquetáis las faenas sudorosas. Necesitaré ayuda...

—Tú te cargaste el coche, ¿no? Te las apañas a solas. Si te zambulles con el cacharro abollado, te lo habrás buscado... Y a lo mejor, topas con la rubia, allá al fondo. Dale besos de parte nuestra. No te preocupes, muchacho, si te despeñas, ya te echaremos un cordel.

Laila estalló en risas. Subieron por la escalera, haciendo una nueva parada, examinando los contornos. Con entonación preocupada, quiso saber el rechoncho Bruno:

—¿Cómo saldremos de la meseta? Dime, Michel...

—Con el “Alpine” del viajante. Iremos rectamente al Sur, como turistas, pero no podemos rodar juntos mucho tiempo. Laila se queda conmigo, como es natural. A vosotros dos os dejaremos en una estación. Y a partir de entonces, cada cual se las apañe por su cuenta.

Laila aplicó un taconazo en el suelo de tablas:

—¿Y el viajante? ¿Lo vais a dejar en el sótano?

—¿Por qué no? Ya reventará solo —sentenció Ritón.

Hubo un silencio. Legars adivinó que los otros dos se consultaban con la mirada. Opinó Bruno:

—No se le oye ni pizca. Debió estirar la pata durante la noche. Le atizé a modo, y no precisamente con un guante.

Rieron y la muchacha todavía más fuerte, con estridencias. Por fin, la ronca voz de Michel dictaminó:

—No podemos dejarle ahí dentro. ¿No os dais cuenta? El campesino dueño de esta pocilga regresa para desmontar maderos o lo que sea, y se encuentra con una momia en su sótano. Sería una tontería que nos podría costar un afeitado en seco con la hoja Guillotin.

Preguntó Riton:

—Entonces, ¿qué?

—Vivo o muerto, tú lo envías al hoyo con el coche. Después, evacuamos el lugar. Nadie irá nunca a buscar al muerto allá abajo. Por si gruñe todavía le vacías un cargador en la tripa. Así hará el gran salto al infinito mucho más cómodamente.

Restallaron nuevamente las risas. Relinchantes, con silbidos agudos, como gruñidos de hienas.

CAPÍTULO IV

LEGARS oyó pronunciar su condena a muerte. No pudo reprimir el escalofrío de miedo. Luego, no supo cuando, sintió afluir el vigor de los años violentos, y un sañudo coraje que le había salvado en situaciones desesperadas.

Ahora debería reservar sus energías, prevenir los gestos del adversario, aprovechar el hueco, el momento de descuido que a veces se medía en décimas de segundo.

Cuando el más débil defendía su vida, todo era lícito. El cinismo salvaje de la cuadrilla ya no le impresionaba. Regresaba a diez años antes, en la montañosa tierra de nadie, argelina, donde sobrevivía el que mejor dominaba su miedo.

Oía a los que sobre el entablado, arrastraban cosas, se removían y por fin volvían a bajar la escalera. Los vio aparecer en el patio inundado de sol.

Cada uno de ellos llevaba una maleta que parecía pesar mucho. El desfile se encaminaba hacia el coche gris. Dijo Michel:

—Todo cabe en el “porta” del “Alpine”. El resto de nuestras cosas, adiós. Lo amontonaremos atrás en el “Renault”, y de cabeza a la basura.

Hubo un largo intervalo de silencio, invisibles los cuatro. Luego, un ronroneo aproximándose, acompañado de un chirrido que daba dentera.

Apareció el “Renault” verde de la cuadrilla, conducido por Riton que se crispaba al volante. Adelantó el “Alpine” y se detuvo. Su capó se inclinaba a la izquierda, sobre una rueda torcida que molía la chapa del guardabarros. Al bajar, afirmó Riton:

—Ya llegará hasta la fosa...

—Vaya faena que hiciste por querer pilotar como un pistolero de película barata —gruñó Michel.

—¿De quién es la culpa? Fue la rubia loca la que me indicaba el camino. Vosotros, atrás, solamente pensabais en embalar para llenar los bolsillos.

Refunfuñando subió Riton las escaleras, mientras Bruno, con cuidado hacía virar el “Alpine” en torno al abrevadero. Volvía a bajar Riton arrastrando dos grandes sacos llenos que rebotaban por los peldaños.

Abrió la portezuela del “Renault” verde y tiró los sacos sobre la banqueta posterior. Invisible, Michel ordenó:

—Date prisa. Si el fulano está vivo, despiértalo a patadas. Y tráelo a rastras, si es preciso. De todos modos, vigila. Y no empuñes tu petardo como un sonajero.

Legars se tumbó en la oscuridad, boca arriba, ladeada la cabeza y flojos los miembros. Los pasos del verdugo resonaban en el entarimado. El barrote-pestillo rechinó y la compuerta se abrió de golpe.

La luz del día atravesando el tejado en ruinas, inundó el sótano rocoso en torno al cuerpo extendido. Ladró Riton:

—¡En pie, gandul! Vamos, ven acá, tío comodón...

Al no oír nada, se inclinó para escrutar. El prisionero no se había movido. De su boca entreabierta brotaba un estertor agónico y sus ojos convulsos mostraban la blanca cornea.

Riton bajó la escalera apoyándose con la zurda en el reborde del parquet. La diestra encañonaba su metralleta suspendida contra la cadera.

Legars, entornando los párpados, siguió gimiendo, acechando la ocasión. Veía rondar en círculos al asesino, girando lentamente en su rededor. Y de pronto, un violento puntapié le hizo rodar de lado.

Apretó los dientes sin reaccionar exteriormente. Se concedió unos instantes de recuperación, abandonándose como una masa muerta sobre el suelo helado de la cueva.

La rabia latía fríamente en su interior, calmando el repentino dolor de la patada. No había tenido oportunidad de apoderarse del arma del cara de rata.

Riton ya había subido la escalera y corría al balcón.

Desde abajo, Michel exclamó impaciente:

—¿Es para hoy o sale mañana? Ayer te lo comías crudo y hoy te rajas.

—Está comatoso. Un balazo en la tripa ni siquiera le despertaría ya. Si tenemos que sacarle de la fresquera, necesito ayuda.

—Vete a echarle una mano, Bruno.

Poco después, el pisoteo apresurado de los dos individuos hacía retemblar el entarimado. Se inclinaron juntos para examinar la silueta flácida desparramada bajo la abertura.

El resuello corto y silbante del herido les llegaba a los oídos. La voz burlona de Riton comentaba:

—¿Le oyes? Ya se está deshinchando.

Bajaron y a prudente distancia, manifestó Bruno:

—Le coges por los pies. Yo lo apuraré por los sobacos. ¿Preparado? ¡A la una, a las dos... ya!

El cuerpo iba ascendiendo. Legars se dejaba transportar, oscilante la cabeza, sueltos los músculos. Al llegar junto al balcón, los dos improvisados camilleros lo dejaron caer brutalmente.

Pasó Bruno a cogerle por ambas piernas dándole la espalda, y fue bajando. La cabeza de Legars rebotó varias veces en los peldaños.

Ansiaba aullar de dolor, pero envaró el cuerpo y la voluntad de sobrevivir le permitió soportarlo todo.

Alzó escasamente un párpado mientras lo arrastraban por el patio. Vislumbró a Laila y Michel susurrando, apartados. Observaban el transporte con indiferencia. Gritó Riton:

—¿Ya estáis contentos? No comprendo por qué tantas delicadezas para librarse simplemente de un fulano molesto.

Michel replicó secamente:

—Lo embarcas y vuelcas el coche en la fosa.

Los sacos ocupaban la parte de atrás. El cuerpo fue arrojado delante, en el rincón a la derecha, con el torso abandonado contra la portezuela.

Una mano brutal agarró a Legars por los cabellos echándole atrás la cabeza. Un soplo cálido, apestando a vino tinto, le hirió el rostro. Y soltando el estrujón en los cabellos, comentó Bruno:

—Vive todavía. Poco, pero vive. Nada de tonterías, Riton. No olvides de inyectarle plomo en plena sien antes de soltar el freno.

—No soy ningún principiante. Aunque mi disparó hará mucho ruido...

—Y el coche más todavía. No se despeñará por colchones de muelles.

Gruñó Michel aproximándose:

—¿Y qué importa, remilgados que sois? La carretera está lejos. Nadie oirá nada. Además este pedazo de selva no tiene ni un habitante en muchos kilómetros a la redonda. ¡Date prisa, Riton!

Riton instalándose tras el volante pisó el embrague para encajar la primera, y antes de arrancar, asomó la cabeza para advertir amenazador:

—No se os ocurra salir pitando dejándome en la estacada.

Michel alzó los hombros impaciente:

—Mira que piensas idioteces, querubín. Después de haber dado un golpe tan succulento, somos socios para toda la vida. No vamos a pegarnos zancadillas, hombre. ¡Ale, hasta luego!

El “Renault” fue moviéndose por sacudidas, abandonando el patio en medio de chirridos y rumor de chatarra.

Legars, se dejaba ir, bamboleándose flácidamente a cada bache. Sin girar la cabeza podía, de soslayo, ver el perfil de rata. Riton conducía, silbando Un hombre y una mujer, atento a las piedras que tapizaban el camino de carro destrozado por las intemperies y el abandono.

La vecindad del moribundo, no parecía impresionarle. Legars aprovechó otro bache para orientarse más a su izquierda.

La culata de la metralleta sobresalía por entero del amplio bolsillo del mono gris, descubriendo un poco de la recámara.

La planchita ranurada se hallaba bloqueada a medio recorrido, en la raya amarilla de disparo bala a bala. Convenía saberlo.

El camino acababa en dura pendiente hacia abajo sobre un abismo de desprendimientos cuyo centro estaba ahondando como un embudo. Riton frenó nerviosamente.

El “Renault” derrapó sobre las planas piedras, disminuyó marcha y fue bajando. Percibió entonces Legars, ante el capó zambulléndose, a menos de veinte metros, la negra boca del hoyo abriéndose entre la maleza.

El odiado rostro de Riton estaba crispado. Plenamente entregado a la peligrosa maniobra, fijaba con la atención al extremo del

camino, aquella puerta al abismo, señalada por dos rocas pintadas al minio.

Y todo pasó a la velocidad desenfrenada de un accidente repentino.

El volante le saltó de las manos, el coche hizo una violenta embestida sobre su izquierda y su capó se encajó como una cuña en el terraplén lateral.

Riton no vio nada más. Tenía ya la cabeza volcada hacia atrás contra el reborde de su asiento, aprisionado el cuello por un antebrazo rígido que iba apretándose lentamente como una tenaza, cuyo remate fuera el puño presionando la nuca.

Perneó bajo el cuadro de mando y su brazo libre, el izquierdo, batía el aire exterior con movimientos frenéticos.

Legars sabía que la llave no cedería. Era una presa infalible. Su mano derecha se agarraba al montante de la portezuela y pesaba con todo su cuerpo sobre el del aspirante a sepulturero.

Cada sobresalto de Riton no hacía más que aumentar la opresión que le asfixiaba.

La pistola metralleta había resbalado de su bolsillo-funda y colgaba, retenida de la correa-tirante.

Con la diestra, Legars atrajo violentamente la culata sin soltar el cerco estrangulador de su antebrazo izquierdo.

Debatiéndose logró Ritón resollar suplicante:

—Suélteme... Trataremos...

Para Legars, el tiempo acababa de desplazarse diez años, y su actual momento se situaba en otro plano, en otro mundo, donde la menor debilidad era perjudicial.

Manifestó con inexorable calma:

—Luego. Luego te soltaré, chico. Primero he de asegurarme que te vas desinflando, ¿sabes? Y después, serás tú el que dará el gran salto mortal a la fosa. Con tu puerco coche.

CAPÍTULO V

LAILA se había instalado en el “Alpine” y repintada su ancha boca mirándose en el retrovisor. Michel aguardaba fuera, apoyado contra el abrevadero. Su metralleta colgaba en bandolera ante su estómago.

Bruno vigilaba la sinuosa senda por la cual había desaparecido el “Renault” con el cargamento destinado a ser sepultado por los desprendimientos y nevadas otoñales.

El estrépito del abollado coche era tan audible que podían seguir su descenso. En la ardiente luz del mediodía, la granja en ruinas mostraba su esqueleto blanqueado y desarticulado como los restos de un barco.

El traqueteo del “Renault” cesó bruscamente. Al cabo de un instante, comentó Michel agriamente:

—Es capaz de fallar hasta en algo tan sencillo. Mejor que vayas a echar un vistazo, Bruno.

Bruno se volvió fruncido el ceño. El cañón de su metralleta parecía brotarle bajo el sobaco. El desierto en torno les aseguraba una tranquilidad relativa.

Pero desde hacía veinticuatro horas, la solidez de su asociación reposaba únicamente en la igualdad de armamento.

Tras el mogollón tapizado de espliego, ascendió un ruido nuevo, sorprendente en aquella soledad. El claxon del “Renault” graznaba por sacudidas, en ritmo precipitado que delataba mucho nerviosismo, una llamada de socorro.

Una llamada que duró unos cinco segundos terminándose en un mugido prolongado. El paisaje lunar recobró su silencio inquietante.

Laila había salido del coche para oír mejor y murmuró:

—¿No os escama? ¿Qué estará haciendo este imbécil?

Bruno se limitaba a acechar a sus dos cómplices. Insistió Michel:

—¿Vas allá, sí o no? Tal vez Riton necesite ayuda. El cacharro no se ha zambullido todavía. Lo habríamos oído despenarse...

Bruno pretería tomar solamente el riesgo mínimo con aquel fornido asesino colérico. Tendió la zurda abierta.

—Voy allá, pero primero dame las llaves del “Alpine”.

Laila esbozó un rictus maligno:

—Queda evidente que reina la confianza.

Con tranquila entonación afirmó Bruno:

—Tú y tu amado no sois más de fiar que el cretino de Riton. No siento el menor deseo de verme atrapado entre dos fuegos.

Michel le tiró el llavero con gesto irritado. El rubio rechoncho se alejó con paso rápido, pero apenas se internó quedando fuera de vista, abandonó el camino descendente para abrirse paso por entre la maleza.

Se hallaba a medio camino del abismo cuando resonó la detonación, muy amortiguada, allá abajo. Todo iba bien: el viajante del “Alpine” acababa de recibir el tiro de gracia.

Agazapado tras un matorral, Bruno aguardó la zambullida del “Renault”. Fue precedida por un sordo desplazamiento que hizo vibrar el suelo. Y el estrépito de la caída le llegó como un redoble de trueno, prolongado por el alud pedregoso que se abatía al fondo del abismo.

Bruno soltó la presión del sobaco y liberó su metralleta apoyando la culata-funda en su cadera, al ir avanzando. Por fin, distinguió la fosa. Una nube de polvareda plomiza recaía lentamente en torno al anfiteatro rocoso. No había nadie al borde.

Riton estaba viniendo y su paso resonaba a poca distancia, tras la escarpadura del último viraje. Bruno no se descubrió. La lentitud del paso que oía, le pareció de mal augurio.

Había muchos billetes en juego. Riton era capaz de tumbarles a tiros si podía hacerlo a cubierto. Se tendió Bruno boca abajo. Al cabo de un minuto, los pasos resonaban nuevamente, subiendo hacia la granja.

Y de pronto, los pasos cesaron. Dejó Bruno pasar unos segundos, alzó el busto y silbó suavemente dos notas: “re-sol”.

La misma llamada le replicó al instante, como el trino de un pájaro burlón, pero Riton no se asomaba.

Se puso en pie, en varios tiempos, mirando en torno con miedo creciente.

Silbó de nuevo, más fuerte. Y de pronto se dijo: "Esta bestia me va a taladrar", y retrocedió precipitadamente.

Aquel reflejo temeroso le salvó. Y el plomo zumbó cerca de su oreja. El disparo multiplicado por el eco de la cavidad parecía proceder de cinco o seis sitios distintos.

Bruno soltó una ráfaga al azar y frenético de miedo, corrió a brincos hacia la granja. Llegó al patio, sin aliento, sin haber oído más disparos.

Michel, macizo y ceñudo, aguardaba cerca del "Alpine". Mordió las sílabas.

—¿Quién disparó?

—Fue... Riton quien empezó... Tuve que vaciar medio cargador para poder tomar el olivo.

—¿Dónde está Riton?

—No le vi, pero este cochino está dando un rodeo y no es difícil adivinarle la intención...

El rostro moreno de Michel palideció, pero dijo rencoroso:

—Riton no tiene agallas para atreverse a buscarnos bulla. Se trata de otro. Sí, del otro. Estoy casi seguro que es el fulano del "Alpine". Le habrá dado esquinazo a Riton. Y ahora nos hallamos metidos en un buen berenjenal...

Chilló Laila:

—¡Vámonos ya! Estoy harta de esperar. ¡Vámonos, Michel!

—No será antes de haber limpiado el terreno. No quiero irme dejando aquí a dos energúmenos furiosos que nos caerían encima a la primera oportunidad.

Giró hacia Bruno:

—Vamos a bajar hasta el hoyo, flanqueando el camino por la altura. Tú a la derecha y yo a la izquierda. Apenas asome el fulano, fuego a discreción.

—¿Y si asoma Riton?

—Ídem de ídem. Ya nos está complicando demasiado la existencia el muy granuja.

Bruno asintió. El peligro los asociaba de nuevo con el acicate de

una mayor parte en la fortuna que ahora sería de un trío.

Preguntó Laila:

—¿Y yo qué hago mientras?

—Te quedas a vigilar el coche.

—¿Y si viene alguien?

—Lo entretienes como sea.

Se alejaron los dos a grandes zancadas, separándose a la entrada del camino descendiente. Laila los vio desaparecer tras el primer roquizo.

La crueldad no dejaba en ella mucho lugar a otros sentimientos, pero la soledad y el silencio angustioso de la hondonada acabaron por infiltrarle una inquietud que fue transformándose en miedo.

Tras ella, la casa ruinosa parecía acecharla desde todas sus ventanas destrozadas.

En cinco minutos llegaron Michel y Bruno separadamente hasta los límites del abismo sin haber hallado rastro de nadie. Bajando la ladera, Michel inspeccionó los alrededores. Hizo una señal, y Bruno acudió a reunirse con él a unos metros del hoyo. Murmuró Michel:

—No podemos permitirnos perder otra hora en este juego del escondite. Procura decirme exactamente donde estabas cuando te dispararon.

—Allá, al otro lado del aquel viraje, pero el fulano no estaba a la vista. Apostaría a que su pepino salió de la izquierda, el mismo lado que acabas de explorar.

—No debiste echar a correr con tanta ansiedad, caray. Mientras tú acudías a la granja, el fulano se aprovechó para alejarse por lo menos un kilómetro. De todos modos, ahora nos vemos obligados a intentar que se delate. Si eres tú el que recibe plomo, te lo habrás ganado.

Volvieron a subir lentamente, uno al lado del otro, cada cual escrutando su ladera, encañonando con ambas manos su metralleta. Michel silbaba entre dientes, para anunciarse mejor.

Masculló Bruno:

—¿Crees que este becerro de Riton se habría dejado atrapar tan fácilmente? Cuando lo sacamos de la cueva, el fulano estaba de verdad en las últimas boqueadas.

—¿Qué iba a ganar Riton con actuar así? ¿Te lo figuras acaso en pie de guerra, solo, contra nosotros tres? No es su estilo. Le

conozco...

—¿Y si al bajar hacia el mismo se encontró con la locuela de la rubia que nos espió esta noche? Marisa puede muy bien haberle engatusado. Tanto más que el imbécil de Riton tiene debilidad por las rubias de apariencia severa y honesta que se trae Marisa cuando se lo propone. Entre ellos dos, tienen mejores posibilidades...

—Marisa no llevaba arma.

—Pero la lleva Riton por partida doble. Se guardó la “Luger” del fulano. Y así, son dos con petardos.

Llegaban al último viraje, cuando unos pasos precipitados resonaron en lo alto del camino, acudiendo rectamente hacia ellos.

Se abalanzaron contra las rocas para salvarse de la posible descarga pillándoles en el camino.

Michel, alzado el cañón, apuntaba ferozmente el viraje y su índice fue crispándose sobre la curva del gatillo.

Laila surgió corriendo, bailándole las greñas castañas por el rostro y sin ver a sus cómplices. Saltando, la detuvo Michel enlazándola por la cintura. La sacudió, gruñendo:

—¡Te dije que te quedases allá! Un poco más y encajas una ráfaga en plena pechuga. Si empezáis a perder el poco seso que tenéis, nos vamos a encontrar a la sombra de rejas en menos de horas, y con media docena de asesinatos sobre los lomos. ¿Te entró un arrechucho de locura o qué, desgraciada borrica?

Laila, sin aliento, dijo sofocadamente:

—Hay... alguien en la... granja...

—¿Eh, cómo? ¿A quién viste?

—No... No vi a nadie. Estaba sentada en el coche. Y de pronto, oí crujir suavemente las tablas del balcón. Me volví. No había nadie.

Encogiendo los hombros, rezongó Bruno:

—Tienes zumbidos en las orejas, mujer. Todas las casas viejas, crujen más o menos, sobre todo con los calores.

—¡No, señor! Estoy muy segura de haber oído caminar a alguien...

Michel alzó la zurda:

—Calma en el corral. Vamos a verlo. Que sea Riton, Marisa o el viajante del “Alpine”, os prometo que saboreará algo muy indigesto.

Y palmoteó la caja de su metralleta.

Laila, protegiéndose tras ellos dos, fue remontando hasta llegar a la desembocadura del camino que emergía de la hondonada. El patio irradiaba como una parrilla al horno, bajo el sol del mediodía.

El "Alpine" plateado no se había movido. La fachada despanzurrada de la granja mostraba por sus brechas los interiores de antiguas habitaciones, ahora ennegrecidas por la humareda de fogatas invernales encendidas por pastores trashumantes.

Los tres, inquietos, se detuvieron a distancia para escrutar los alrededores. Calmosamente, ordenó Michel:

—Vuelve a sentarte en el coche y no tengas miedo, chica. No te olvides de hacer restallar la portezuela. No tengas miedo. Nosotros dominamos toda la casa.

Laila se alejó lentamente, piernas flojas y hundida la cabeza entre los hombros. Por fin llegó al coche, se inclinó precipitadamente y desapareció al interior.

El restallido de la portezuela al cerrarse atronó la quietud.

Bruno había llegado ya a las vigas traseras del tejado del establo. Entró encorvado en la casa. Su silueta corta y rechoncha se fue perfilando de sala en sala.

Poco después apareció en el balcón y alzó la mano para dirigir una señal negativa a Michel que no había abandonado su parapeto rocoso.

Permanecieron cerca de cinco minutos sin moverse de sus despectivos observatorios.

Laila fue la primera en perder el control. Saliendo del coche, gritó:

—¡Reviento de calor yo, aquí dentro! ¿Qué ganamos haciendo los guerrilleros sin enemigos en medio de este patio? Michel, vámonos ya, hombre...

Bruno bajaba ya por la escalera, con la metralleta encimada en el hueco de su brazo derecho. Se reunió con Laila al extremo del abrevadero y los dos contemplaron, al fondo del patio, la silueta de Michel perfilándose contra la roca. Arguyó Bruno:

—La chica tiene razón. No en vano ha cumplido los treinta y le sobra experiencia. Nada tenemos que ganar quedándonos aquí. Este sitio huele a degolladero. Y la carretera todavía está lejos.

Ladró Michel:

—¡Enfila tu herramienta como es debido o te endilgo un chorro

de avispas ardientes!

Bruno alzó inmediatamente el cañón, ladeándose, y volviendo a apuntar hacia la granja. Había pasado sus minutos de miedo al registrar el caserón vacío y el peligro ya no se le antojaba apremiante.

Por el contrario, Michel lo presentía como una dolencia casi física, un escozor a flor de piel y su corpachón se bañaba en fríos sudores.

Aquella hondonada solitaria era ahora un cepo a pleno sol. Diez minutos antes, se había jurado a sí mismo no abandonar el lugar sin haber acribillado al que rondaba, invisible.

Con agria entonación, chilló Laila:

—¡Acabaré por creer que eres tú el más miedoso de nosotros tres! ¿Qué? ¿Vienes o te quedas tomando el sol?

Michel fue bajando hacia el patio con gran lentitud. Su metralleta describía un constante semiarco en abanico. Le seducía la idea de huir en el veloz “Alpine”.

Pero su malestar aumentaba a medida que sus pasos le aproximaban del coche y de sus cómplices. Los miró asqueado, comentando:

—Los dos tenéis una pinta que da miedo.

Replicó ella ofendida:

—Pues mira que tú no estás precisamente bello ni mucho menos. Pareces un asesino lleno de miedo que mataría a su propia abuela si caía un piñón de una rama. ¡Cónchales! Unas horas más por esta jungla y acabaríamos caminando a cuatro patas.

—Felizmente, esta excursión campestre nos ha producido grandes dividendos —masculló Bruno.

Se habían reunido a pocos pasos del coche. En torno, todo parecía sin vida. Y Laila recobró su sonrisa malévola. Le guiñó un ojo a Bruno, relamiéndose. Ambos pensaban en lo mismo. El dinero, la fortuna acumulada en cuatro maletas.

Únicamente Michel, siempre erizado por el miedo, seguía como olfateando a distancia el peligro sin presencia que planeaba amenazador.

Pidió tendiendo la zurda:

—Las llaves, Bruno. Nos vamos.

Miraba en torno, pestañeantes los ojos amarillos de bilis. El calor

y el cansancio paralizaban en él toda reacción de alarma. Ya no deseaba sino huir lejos. Se limitó a preguntar:

—¿Registraste a fondo la barraca?

—Cuarto por cuarto.

—¿Y el sótano?

Alzó Bruno los hombros con irritación. Para acabar pronto, mintió:

—También, naturalmente. Habíamos dejado abierta la fresquera del demonio. Eché una ojeada de paso...

Respingó furioso Michel:

—¡Animal! ¿Una ojeada de paso, eh? Vamos allá.

Una súbita volada de avispas penetrantes y zumbadoras se abalanzó sobre ellos.

Laila se desplomó la primera como un montón de trapos, sin oír siquiera el trueno de la ráfaga.

Bruno rodó por el suelo, crispadas las manos ya muertas en torno a su metralleta.

Michel seguía en pie, alucinados los ojos en mirada fija sobre la casa ruinosa y vacía. Los cimientos del sótano escupían fuego y plomo por una estrecha rendija del tirador.

La última bala le golpeó en plena frente. Murió sin haber visto siquiera el rostro implacable de su adversario.

Legars permaneció un buen rato a la fresca sombra, saboreando el profundo silencio.

La tensión de aquellos minutos atroces había embarullado nuevamente las nociones en su dolorida cabeza.

Abandonó el sótano y la granja con lenta zancada, contemplando los tres cadáveres con serena indiferencia.

Aquellos cuerpos amontonados, en grotescas posturas, desfigurados por la muerte violenta, le resultaban tan desconocidos como los de cualquier enemigo.

Y entre sus palpitantes sienas resonaba la lección del teniente Galard, jefe de su comando; durante la clase teórica de guerrilla:

“Aquí, nada de escrúpulos ciudadanos y civilizados, muchachos. Pensad con sentido común. Se trata de vuestra piel o la de desconocidos. No matéis. Defendéis vuestra piel, vuestro derecho a vivir. Y aquí, muchachos, para sobrevivir hay que disparar rápido. Nadie, nunca, ni vuestra propia conciencia, os podrá reprochar una

matanza que es sencillamente una ley muy humana de legítima defensa.”

CAPÍTULO VI

SIGUIENDO las tuberías oxidadas que partían del abrevadero, encontró Legars el manantial que antiguamente suministraba la granja. El agua helada caía gota a gota en un estanque repleto de musgo.

Bebió a largos tragos, lavándose cuidadosamente el rostro sucio de polvo y sangre, desenredando los viscosos cabellos que recubrían la contusión tras la oreja.

Había depositado la “Luger” a su lado, al alcance de la mano, volviéndose a veces bruscamente para escrutar las grises rocas. El automatismo de diez años antes volvía a entrar en acción.

Aquel lugar le pertenecía desde hacía cinco minutos. Era su fortín en medio de un mundo todavía hostil. Regresó al patio, para recuperar primero su cartera y las llaves del coche.

El maletín y el portafolios seguían atrás en el “Alpine”. Se cambió de camisa, cepillándose de pies a cabeza. La “Luger” intacta volvió bajo la banqueta delantera.

Tiró las maletas al voleo junto a los tres cuerpos. Echaba una última ojeada a la granja solitaria, al siniestro paisaje que acababa de trazar un viraje bestial en su existencia tranquila.

El “Alpine” arrancó suavemente. Dejaría que los gendarmes de la comarca se ocupasen de todo. Les explicaría lo ocurrido, los ayudaría lo mejor posible y estaba firmemente resuelto a soportar con igual calma las molestias de una larga investigación y la estúpida curiosidad de los ociosos.

A los doscientos metros, ya la granja había desaparecido en su hondonada. El paisaje volvió a allanarse y a lo lejos se alzaba la

pirámide de Montignac. Iba remontando. Regresaba a la vida normal.

Aceleró al llegar a la recta. Kilómetro 16: tejados de pizarra, cristalerías y los nuevos bungalows del refugio Grosjean. Había pensado bajar y telefonear a la comisaría, pero pasó de largo.

Se concedió una hora para beber y comer con deleite, al borde del río, en un merendero de sombras agradables. Decidió remontar hasta Mazamet regresando así a su itinerario profesional.

Los gendarmes lo esperaban casi a medio camino: un par de motoristas y cuatro a pie que charlaban ante dos furgonetas. Paró dócilmente.

El gendarme examinó sus papeles, y se los devolvió. Preguntó Legars:

—¿Buscan a alguien?

—A nadie en particular, ciudadano. Siga su camino y déjese de curiosear lo que no le importa.

El malhumor del guardia le hizo cambiar de idea. Había pensado alertarles para que fueran a la granja. Continuó hacia Mazamet y detuvo su coche ante las escaleras de la Prefectura.

Todas las puertas cerradas. Las oficinas no abrían hasta las tres. Compró los periódicos de la mañana. Y en el fondo de un café tranquilo, hizo su revista de Prensa. Ninguna noticia de atraco que describiera a los que yacían en el patio de la granja.

El progresivo alejamiento actuaba como un calmante. El péndulo desgranó tres campanadas. Se levantó y fue a atravesar la plaza. Tiró los periódicos sobre el asiento de atrás y limpió el parabrisas para darse unos momentos más de libertad.

Colocó en la balanza de su conciencia, su responsabilidad, su derecho a la legítima defensa. Un viajante anónimo, sentenciado a muerte. Ya no había testigos. Nadie sospecharía de él.

Maquinalmente se deslizó tras el volante, pensando en su esposa Denise, en los clientes que le quedaban por visitar. Pisó el acelerador dejando atrás los severos muros de la comisaría local.

Atardecía cuando llegó a Rabastens, donde decidió hacer noche en el hotel más lujoso para escapar a las charlas de otros viajeros. A las ocho, bajaba de su habitación, afeitado, bañado y libre de toda inquietud.

En el comedor no había más que tres parejas de turistas y dos

hombres cenando por separado. Encargó una cena especial. Los dos comensales habían entablado conocimiento y hablaban de coches y velocidades.

Uno de ellos había vuelto la cabeza y le dirigía un guiño amistoso.

Fastidiado reconoció a un viajante cuyo itinerario coincidía frecuentemente con el suyo y que le había dado mucha lata en algunas etapas. Un pelmazo llamado Dubosc, del ramo textil.

Medio calvo, siempre vestido con ostentación y dueño de un descaro insoportable, contrastaba con el aspecto juvenil y deportivo de Legars que en todas partes era considerado correcto, aunque algo reservado.

Legars fue a refugiarse en el bar del hotel, para beber un coñac tranquilamente. Pero los dos charlatanes abandonaban su mesa y Dubosc al pasar se detuvo en el umbral comunicante. Dijo con su voz estentórea:

—Ayer noche le esperaban en el refugio montañoso Grosjean. ¿Dónde se metió usted?

Legars crispó la mano y evitó cayese la copa sobre el mostrador. Replicó secamente:

—Preferí dormir en Mazamet. No me convenía el rodeo. Tenía que visitar unos talleres en Veziers.

—Yo llegué al Royal hacia las cinco. Buisset me dijo que acababa usted de irse y me recomendó también el refugio. Buen sitio.

Vació Legars su copa y se dirigió hacia el vestíbulo. Se le unió Dubosc que ostentaba una sonrisa ambigua, equívoca. Murmuró en voz baja:

—Secretillos, ¿eh? Por suerte tengo buena vista.

Legars se forzó a mantener una expresión ausente al replicar:

—No adivino dónde quiere ir a parar.

—Muy sencillo. Sin saberlo ambos, debimos salir con escaso intervalo, porque le vi en Aunis. Estaba usted recogiendo una joven enlutada en su “Alpine”. Solamente la vi de lejos, pero me pareció guapa... Ande, cuénteme su aventurilla, conquistador.

Subrayó su petición con una palmada en el hombro. Legars dijo:

—Buenas noches. Tengo sueño.

—Claro, claro. Recupere fuerzas, amigo Legars.

En su habitación, cerró Legars con llave. Solamente deseaba un profundo sueño, el olvido total.

Sin embargo, sus ojos permanecieron mucho tiempo abiertos en la oscuridad. Recordaba lo oído desde su prisión circunstancial.

Los gangsters de la granja hablaban de una cómplice en fuga. Una mujer a la cual habían calificado de loca. Una rubia de nombre fácil de recordar: Marisa.

El quinto testigo. Tal vez el más peligroso.

* * *

El regreso no se diferenciaba exteriormente de los precedentes. El apacible y hermoso semblante de Denise irradiaba contento en el piso de Boulogne.

Desde la florida terraza se divisaba todo París. Telefonó a la Orvel para anunciar su retorno, y notificó a la secretaria de Vernon:

—Pasaré mañana a informar al patrón entre nueve y diez. ¿Nada nuevo?... Bien... Hasta mañana.

Volvió junto a su esposa. Ella exhibía una sonrisa feliz, sin reticencias. Aunque siempre velada por una tenue malicia. Se suponía muy anhelado por diversas damas de varias capitales de provincia. Nunca lo mencionaba. Lo sugería bromeando. Dijo ella:

—Minutos antes de tu timbrado, te suponía con avería por las cercanías de Moissac. No me escribiste desde hace cinco días.

Al redoblar de actividad para recuperar las veinticuatro horas perdidas, Legars había olvidado su rutina epistolar. Manifestó cansino:

—Tuve un final de gira bastante agotador. Aquella zona empieza a reventarme. Y encima los calores de estos ocho últimos días acabaron de fastidiarme.

Denise estaba sentada en el brazo del sillón y su mano abandonada sobre el hombro de Legars se hacía suave, acariciante. Preguntó:

—¿Ningún problema con el nuevo bólido?

—No. Pero es demasiado llamativo y veloz. No me gusta.

La mano acariciante de Denise remontaba distraídamente por la nuca. Legars bebía un último sorbo de coñac. Percibió los sedosos dedos pararse tras la oreja, palpando levemente el bulto bajo los cabellos.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes aquí, Roger?

—Una picada de avispa. Entre Arlés y Carcassone. Un poco más y me despeño por un abismo por culpa de estas satánicas bestias.

Más tarde, en pijama, Legars estuvo a punto de confesar su secreto. Una serie de pequeñas cicatrices borrosas, exactamente seis, moteaban su cuerpo. Salpicadura de metralla.

En los primeros tiempos de su unión, Denise se pasmaba ante aquellos signos de anteriores brutalidades. Su beso contaba las huellas a lo largo del musculoso torso.

Y aquella noche los labios de Denise se posaron de pronto sobre la cicatriz número siete. La contusión del puntapié.

Legars iba a hablar, a compartir el peso de su secreto. Permaneció en silencio. Lo que Denise no supiera, nunca la perjudicaría.

Era una esposa ideal, discreta, sumisa. No hizo el menor comentario sobre la séptima cicatriz, reciente.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, como siempre, realizó Legars el circuito por los despachos de la Orvel. Un recorrido que terminaba en el antro de la fiera: el temible Vernon que fulminaba por teléfono, invisible la mirada tras los cristales destellantes de sus gafas.

La sonriente llegada del viajante Legars le calmó instantáneamente. El sector centro-sur era considerado estéril. Y, sin embargo, en seis semanas Legars había triplicado la cifra de pedidos.

Vernon se jactaba de tener a sus hombres al extremo de un hilo, aunque estuvieran a ochocientos kilómetros de la fábrica. Una minuciosa inspección del itinerario seguía siempre a la revisión de la libreta de pedidos.

Y Legars esperaba el momento peligroso. Pero Vernon poco inclinado a concesiones con nadie, sentíase menos severo con aquel hombre irreprochable en su trabajo, de frías cóleras repentinas, y de réplicas amables, pero desconcertantes.

Atacó Vernon dando un rodeo:

—El novato Forestier regresó ayer del norte-este. Le esperábamos a usted para abrir los coloquios de otoño.

—Pudo iniciarlos sin mí. Ya dejé de ser un novato, y me empollé las clases teóricas.

—Claro, claro... Por cierto en su libreta de pedidos, hay un hueco de veinticuatro horas por los alrededores de Moissac. No se dignó usted anotar ni un informe de tres líneas. Durante este lapso, ¿puedo aspirar a saber qué hizo usted, amigo mío?

—Quise visitar los nuevos talleres de Veziers.

—Ya... Y aparte de esto, ¿nada nuevo?

—Nada.

Cada mañana y cada noche, Legars abría los diarios entornando les párpados, como para resguardarse contra un estallido de luz demasiado ardiente.

Pero el temido titular seguía sin aparecer. Con el tiempo, sacó su deducción. Si Michel y sus cómplices habían dado un golpe reciente, ya se habría sabido. Por consiguiente debía tratarse de un golpe antiguo, y fue el reparto diferido del botín lo que había tomado mal cariz.

Poco a poco fue leyendo la Prensa sin la menor emoción. Con el cambio de estación, los recuerdos de septiembre fueron retrocediendo hasta colocarse en la misma bruma que los años de guerrilla.

Llegó el término del coloquio y preparativos. Al salir del gran despacho donde el gang de viajeros acababa de celebrar la reunión de clausura, Vernon retuvo por el brazo a Legars.

Le habló con expresión rara, recelosa:

—Será su última gira por el centro-sur. La jefatura desea alguien, más activo, en el sector norte-este para apoyar las gestiones del novato Forestier. ¿Alguna objeción?

—Ninguna.

—Y referente a su petición de cambio de coche, ¿ya le complacieron?

—Recuperé mi “D. S.” favorita el lunes. ¿Alguien la deseaba?

—No, pero no olvide ver a Gaubert antes de irse. Quiere hablarle.

Gaubert se ocupaba del parque automóvil de la empresa. Un gordo jovial, cuya sonrisa se dilató más al ver entrar a Legars en el hangar de los camiones. Exclamó:

—¡No debió molestarse! Era solamente una broma... Dígame: ¿se dedicó a la caza mayor?

—¿Por qué me lo pregunta? —y Legars adoptó un aspecto asombrado.

Alzó Gaubert la diestra y la abrió bruscamente ante la cara del visitante.

Legars identificó un casquillo de calibre grueso, de unos cuatro centímetros de largo. Su rostro permaneció impassible. Decía

Gaubert:

—Usted, un ex héroe, es más técnico que yo en esta materia. Es un cartucho de metralleta, ¿verdad?

—Lo parece. ¿Dónde lo encontró?

—Bajo la banqueta delantera del “Alpine”. Y no dispararon este proyectil hace mucho. Fíjese. El chamuscado no es antiguo. Todavía huele.

Legars olfateó el hueco del casquillo, arqueadas las cejas. Maldijo su negligencia. El casquillo aquí, y el plomo a seiscientos kilómetros en la piel de un asesino que yacía enterrado bajo una tonelada de pedruscos.

Rio con buen humor, porque sentíase de todos modos, fuera de peligro:

—Si me gustase la caza no emplearía metralleta. Además, la afición a las armas de fuego se me pasó definitivamente el día que embarqué de regreso... Tendrá que buscar a su cazador en otro sitio. Antes de usar el “Alpine”, ¿quién me precedió?

—Un ingeniero de reparaciones. Él lo estrenó.

—Hágale la pregunta.

Gaubert rio alborozado:

—¡Ni hablar! Él no se tomaría la broma tan alegremente como usted.

Se dirigían hacia la salida. Al pasar, Gaubert tiró negligentemente el casquillo en el cubo de las estopas inservibles.

—Entre nosotros, señor Legars, le aseguro que vivimos una época violenta. Aquel casquillo fue disparado por alguien. Seguramente empleando el “Alpine” mientras el ingeniero de reparaciones o usted mismo dormían. Algún granuja disparó, ¿sobre quién? ¿Por qué? La verdad es que hoy en día los asesinos proliferan, ¿no le parece?

—Siempre y cuando topen con borregos. Hasta otra, Gaubert.

* * *

—¿Nada nuevo?

Era la pregunta de ritual al atardecer, cuando la puerta del piso se cerraba y la pareja intercambiaba un beso afectuoso.

Denise señaló la luz que brotaba del salón.

—Tienes un visitante.

Legars se aproximó al dintel. Reconoció al visitante, sólidamente

incrustado en una esquina del diván, sonriendo beatíficamente. Medio incorporándose, el pelmazo viajante textil Dubosc exclamaba:

—¡No adivinará nunca lo que me ha traído a su nido!

—¡No, nunca! Óigame bien... Que mi ruta se cruce con la suya, en gira, pase... Son los gajes del oficio. Pero que le encuentre en mi propia casa, ya me parece un poco excesivo. ¿Quién le dio mi dirección?

Legars seguía en pie para desanimar al otro a arrellanarse. Pero Dubosc no demostró la menor molestia y replicó sonriente:

—La noche de Rabastens, ¿recuerda? Llegué casi detrás de usted al hotel y su ficha del registro para la policía estaba todavía sobre el mostrador de recepción. Tengo la buena costumbre de anotar mentalmente las direcciones... Nunca se sabe. La suya la anoté en mi agenda y esta indiscutible indiscreción me permitirá esta noche hacerle un pequeño favor.

Se calló. Sus astutos ojillos siguieron la silueta de Denise que se eclipsaba discretamente hacia el fondo del piso.

Legars estudió con disgusto la fisonomía colorada del visitante. Se reflejaba en ella una mezcla de necedad y malevolencia.

—¿Quiere explicarse más claro, Dubosc?

Del abrigo sacó Dubosc un periódico doblado en cuatro pliegues. Lo tendió sonriente.

—De antemano le doy mi parecer de que es posible que esta historia no le concierna para nada. No tengo la costumbre de meter las narices en los asuntos del prójimo. Si estoy aquí, es únicamente para favorecer a un colega.

—No lo dudo.

Era un periódico regional, fechado un mes antes. El artículo llevaba como titular: “Peligros del auto-stop”. Lo había encuadrado Dubosc con lápiz rojo. Leyó Legars:

—“Moissac, septiembre. — La señora Dominio, Amanda, domiciliada en Chaumont, se arrepentirá mucho tiempo de no haber subido al autocar. Un complaciente automovilista aceptó llevarla y ella se apeó a media tarde en la esquina de la calle Lamoureux, dejando olvidado en el coche su bolso de mano conteniendo documentación familiar y quince mil francos fuertes en efectivo.

"Cuando la señora Dominio se dio cuenta, el coche, un «Alpine» gris, matriculado en el Departamento del Sena, ya estaba muy lejos.

"Es de esperar que el conductor tenga un gesto de honradez. Mientras, la policía investiga."

Legars volvió a reconstruir la escena con una nitidez fotográfica: la joven viuda plantada al borde de la acera, alzando la mano en despedida, con su maleta negra ante ella, y su bolso de mano, también de piel negra, apretado bajo el sobaco izquierdo.

Poco después se había vuelto Legars para recoger su maletín y portafolios sin ver nada anormal. Si ella hubiese olvidado algo, atrás o delante, lo habría percibido al primer vistazo.

—No veo donde quiere ir a parar, Dubosc.

—Cuando nos vimos aquella noche en Rabastens, no estaba usted en su temple normal. Pensé que le había ocurrido algo desagradable. Le conozco, y es usted un sujeto honorable. Pero una mujer nerviosa y decepcionada, es capaz de inventar cualquier cosa. Los periódicos presentan el peor aspecto de los hechos reales, el que cosquillea la imaginación popular.

Desplegó Legars el periódico comprobando la fecha: 20 septiembre. La sección regional abarcaba tres departamentos. Explicó Dubosc:

—Hallé este ejemplar el otro día al deshacer mi equipaje. Y por casualidad leí este breve suceso. Como debía venir a París, mediado octubre, guardé el periódico prometiéndome venir a verle.

Fríamente especificó Legars:

—Y esperaba usted percibir la mitad de los quince mil francos.

El viajante textil estalló en una risotada. La truncó. El hombre que tenía ante él, bromeaba, pero la dureza de su mirada no tenía nada de tranquilizadora. Se apresuró a explicar Dubosc:

—Naturalmente, nunca creí el bulo de esta campesina. Y es poco probable que nadie la haya tomado en serio. Pero quise prevenirle, por si se le presentaban problemas al volver a pasar por Moissac.

—No habrá problemas. Además, por pocos minutos no fue usted el que recogía a la pasajera enlutada y su equipaje. En caso de duda, cuento con usted para atestiguar en mi favor.

—¿Cómo?

—Vio subir a la viuda en Aunis. En Chaumont estaba usted detrás de mí y vio a la viuda apearse con su maleta y su dichoso

bolso de mano.

—Yo no...

—Sí. Usted lo vio. Además, mi estimado Dubosc, un falso testimonio no trae consecuencias cuando sirve para acallar a una loca...

El rostro de Dubosc perdió toda su campechanía. Dijo desconfiado:

—Podría mentir mejor si aquella misma noche nos hubiésemos encontrado en el refugio. De acuerdo en que viajé detrás de usted hasta Moissac, pero ya no estaba usted en el hotel Royal y en el refugio siguen esperándole. Solamente volví a verle a la noche siguiente, en el comedor del hotel de Rabastens. Entre estos dos momentos, no sé nada de usted.

—Dormí en Mazamet. Me parece que ya se lo dije, ¿no?

—Tarrade asegura que no.

—¿Quién es su Tarrade?

—Un viajante de farmacia. Cenaba con él en Rabastens, ¿recuerda? La víspera durmió en Mazamet, en el único hotel. No le vio a usted.

—Pero yo estaba allí. Su Tarrade no me vio, y es distinto, o tal vez se equivoque de fecha. No hay peor fuente de error que una curiosidad mal enfocada, Dubosc. La suya es de este género.

Acompañaba al visitante hacia la puerta. Guardándose el periódico, dijo Dubosc:

—No discuto este punto de vista. Es Tarrade quien debió equivocarse seguramente.

Su ojeada taimada desmentía las palabras. En el dintel agregó:

—Nos veremos sin duda el próximo mes por la misma región.

—Espero que no. Adiós, Dubosc.

Cerró la puerta de un empujón. De la penumbra surgió Denise. Dijo:

—Llevaba media hora esperando. Me contó toda la historia.

—¿Y tú qué opinas?

—Absurdo de pies a cabeza. Que lleves o no pasajeras, tú sabrás, pero lógicamente no eres un salteador de caminos ni desvalijas bolsos de viuditas. Solamente hay un punto en que estoy de acuerdo con Dubosc. Algo muy desagradable te sucedió en tu último viaje.

Sus rientes ojos interrogaban a Legars que, molesto, desvió los

suyos.

—¿Por qué lo crees así?

Denise tendió el brazo hacia la consola del recibidor sobre la cual había un jarrón de bronce. Su mano reapareció sosteniendo la “Luger”.

—Está aquí desde hace casi una semana, Roger.

—Fue cuando me libraron del “Alpine”. Traje mi cartera de correspondencia rutera y me olvidé el trasto en este cacharro.

Le quitó la pistola con gesto acariciante, inquiriendo:

—¿Qué pensaste al encontrar este feo objeto dentro del jarrón?

—Tan cerca de la puerta, es el mejor sitio para guardar un arma, en una casa amenazada de algún peligro.

—Nada nos amenaza ni nadie, Denise.

—Tanto mejor. Pero si existiese peligro, valdría más que me avisases.

—¿Te irías? —bromeó él.

—No. Intentaría ayudarte como fuese.

Enlazándola, sonrió Legars:

—Muchacha, si esto no es amor, que me pelen.

—Ya no estás en el comando, Roger. Bésame. Tengo miedo.

Legars besó. Dijo luego:

—Ha sido la visión del armatoste. Mañana mismo lo dejaré donde pertenece. Y vigila tu imaginación, cariño. Me basta y sobra contigo. No tengo aventuras con pasajeras.

Ella se limitó a asentir. Era un prodigio de espesa discreta e inteligente.

CAPÍTULO VIII

LA “Luger” recuperó su lugar habitual, bajo el asiento izquierdo del coche “D. S.”, también recobrado. Se aproximaba la fecha de su última gira por el centro-sur.

El invierno se anunciaba precoz y riguroso. Nevaba ya fuertemente por los departamentos montañosos de Auvernia y Cevennes.

La noche en que el matrimonio regresaba de cenar, con extras incluido champaña, sugirió Denise:

—Por una vez podría ir contigo, Roger.

—Pensé en ello. Vernon no se opondría, aunque desapruera estas excursiones conyugales. Pero, dada la estación, el viaje sería muy incómodo para ti. Más tarde, ya veremos.

Se resignó ella, sin perder su sonrisa, un poco a la Gioconda. Al día siguiente, Legars empezaba su recorrido. Vernon recibía sus informes cotidianos. Y también Denise.

Varias carreteras de montaña estaban impracticables. En Moissac, el hotel Royal había cerrado durante el invierno.

Legars remontó la carretera hacia Montignac. En el kilómetro nueve, la gran pancarta del refugio Grosjean apareció rutilante en el gris del atardecer. La nieve tapizaba blandamente todo el paisaje.

Fue aminorando la marcha. Y antes de bajar del coche, escrutó los alrededores, entreabierto la portezuela. No se oía nada, salvo el susurro de los copos de nieve sobre la hojarasca reseca.

Ciñéndose apretadamente la canadiense, fue descendiendo tomando por referencia la torre alta de Montignac, a su izquierda. En el mapa especial, a escala de Estado Mayor, la granja

abandonada figuraba como Troufond.

La nieve en rededor no alteraba el aspecto ruinoso del caserón. Más huecos en el tejado, el establo solamente tenía un muro en pie, pero el carro tendía siempre sus brazos hacia el cielo plomizo y el abrevadero rebosaba de nieve.

Percibió Legars la tronera. La rendija abierta por él, resultaba más visible y sombría bajo el balcón nevado.

Penetró paso a paso en aquel muerto decorado, petrificado por el invierno. El patio quedó ante sus ojos. Se inmovilizó. Los tres cuerpos habían desaparecido.

En torno al abrevadero, el suelo estaba totalmente alisado bajo una capa de unos veinte centímetros de nieve, tendida como una alfombra, sin la menor ondulación.

Y de pronto, Legars tuvo la impresión de que los bordes rocosos de la hondonada se adornaban con una serie de testigos silenciosos, emboscados en el creciente crepúsculo.

Exploró pacientemente. Rastrillando el patio con una vieja horquilla de tres largas púas, registrando toda la casa, iluminando con su linterna el tétrico sótano. Nada.

También las maletas se habían volatilizado.

Caía la noche. Fue remontando hasta percibir con alivio el tejadillo de su coche forrado de fresca nieve.

Sentado en la tibieza confortable, ronroneando el motor bajo sus tacones, se encontró satisfecho por haber soportado aquel reconocimiento del terreno.

No era la gendarmería, sino la naturaleza la que había arrastrado con las copiosas lluvias otoñales, cuerpos y maletas.

El helado paisaje inmóvil de la granja Troufond solamente pasó ante sus ojos dos o tres veces, durante el resto de su viaje. Se esfumó junto con otros desagradables recuerdos de lejanos rincones argelinos.

En la primera semana de diciembre atravesaba París. Fue rectamente a visitar a su jefe. Vernon lo recibió con su estilo conciso, anunciándole que se confirmaba su nueva ruta. Sector Este. Y añadió secamente:

—No ha sido floja su última gira por centro-sur. Una sola pega: no me agradan mucho sus hojas cotidianas con la única mención de “no hay novedad”.

—A mí tampoco, pero como desea usted recibir noticias diarias, cumplí. Había jornadas que las pasé enteramente rodando bajo la nieve.

Saliendo del despacho, telefoneó a Denise:

—Llegaré dentro de media hora... No, no estoy cansado... De acuerdo, cenaremos fuera.

Al dirigirse hacia el estacionamiento de la empresa, vio de lejos el “Alpine” 1.300. Estaba detenido junto a su “D. S.”. Alguien esperaba al volante, leyendo un periódico.

Aproximándose, reconoció al novato Forestier, que ahora trabajaría a sus órdenes en el sector Este. Un muchacho trabajador, inteligente, cuyo rostro siempre sonriente resultaba simpático.

Al oírle, entreabrió la portezuela:

—Si no le resulta molesto, ¿podríamos charlar un poco?

—¿Por qué no? ¿Dónde?

—Si le parece bien, en la cervecería de la esquina.

—Conformes. Veo que ha heredado el “Alpine”. ¿Le agrada?

—Mucho, pero es precisamente con referencia a este coche que tengo que hablarle en privado.

Legars se envaró, despertándose bruscamente en él la dormida desconfianza. Forestier ya había puesto en marcha el “Alpine” gris. Poco después, los dos se instalaban en un rincón de la cervecería todavía desierta.

—Me entremeto tal vez en asuntos que no me incumben y está usted en su pleno derecho de no decirme nada. ¿Fue usted el que efectuó la gira de setiembre con este “Alpine”, no es cierto?

Asintió Legars calmamente:

—Sí, fui yo. No es ningún secreto. Gaubert debió decírselo, ¿no? ¿Por qué me lo pregunta?

Forestier parecía muy molesto.

—¿No tuvo ningún incidente durante aquel viaje?

—No. Además sería visible.

Y Legars señaló a través de la cristalera, los dos coches alineados. La capa plateada del “Alpine” no tenía ni una desconchadura. La visible molestia de Forestier aumentó, enronqueciendo su voz:

—Hoy por las carreteras las cosas pasan de pronto. En plena velocidad alguien hace una falsa maniobra, provoca un caramboleo

de colisiones, sigue a través y desaparece, ileso, dejando atrás dos o tres muertes...

—¡Caramba! No confundamos el “Alpine” con un tanque, Forestier. Y puedo garantizarle que no soy este tipo de conductor torpe y canalla que describe. Deje ya de dar rodeos, y dígame francamente lo que le inquieta,

—Regresé el lunes, o sea, anteayer. Al salir de la fábrica vi un coche estupendo siguiéndome. Vivo en las afueras, por las cercanías de Versailles. Cuando me detuve, también lo hizo el coche que me seguía. Pero atravesándose delante mi capó.

Forestier apuró un sorbo de vino blanco. Indagó Legars:

—Lógicamente, pudo usted identificar el coche.

—Un “Honda” 800, guinda. Dos individuos bajaron, sin prisas. Muy correctos de aspecto, aunque avanzaban separadamente. Uno por la acera, el otro por la calzada. Este, saludó llevándose la mano al sombrero impermeable. Me dijo que no nos conocíamos, pero que sabía que yo habla atravesado los montes del Tarn el pasado setiembre con el “Alpine” gris. Y como me hablaba muy cordialmente no me atreví a enviarle a paseo.

—Hizo bien. ¿Qué más, Forestier?

—Dije que el coche lo conducía por entonces otro. Me preguntó quién. Repliqué que lo ignoraba, que el coche pertenecía a una empresa y que el volante había cambiado de manos cinco o seis veces.

Forestier miraba la lisa fórmica de la mesa como si fuera una pantalla. Legars adivinó que para el novato aquello tenía características emocionantes de película.

—Mi respuesta le dejó perplejo y consultó al otro con la mirada, antes de decirme: “Si lo sabe, será mejor que nos lo diga. Nos evitaría hablar con la dirección de su empresa, y nos beneficiaríamos todos, en especial quien le precedió al volante de este coche”. Me sentí atrapado y pregunté: “¿De qué se trata?”

En la pausa efectista que hizo el narrador, Legars se controló para no exhibir impaciencia. Forestier se ayudaba a evocar cerrando los ojos.

—Me contestó: “Nada grave. Tranquilícese. Un simple olvido. El testimonio de este señor nos sería de gran utilidad y tratamos de hablarle con la mayor discreción posible. Eso es todo”. Al instante,

me olfateó un asunto de atropello o algo parecido. No eran policías, pero si Vernon se enteraba, le podían molestar a usted. La mejor manera de atenuar las consecuencias era...

Forestier alzó la cabeza, miró a Legars, y abriendo las manos con gesto abrumado, confesó:

—Les di su nombre y dirección.

—Bien hecho. No tiene nada que reprocharse. Si algún día le preguntan en Orvel no tiene por qué complicarse la vida, callando. Explique exactamente lo que le ha sucedido.

Muy aliviado, sonrió Forestier:

—Gracias. ¿Sabe para qué quieren verle?

—No tengo la menor idea —mintió Legars—. Soy hombre apacible, sin aventurolas ni atropellos pendientes. ¿Qué aspecto tenían los dos sujetos?

—Difícil de precisar. La cortesía del primero parecía natural. El otro no abrió la boca. No observé nada amenazador ni sospechoso en su actitud salvo el modo de bloquear el “Alpine” contra la acera. No hubiese podido dar dos pasos a pie sin toparme con uno de ellos dos.

Se calló un instante mirando al vacío y de pronto añadió:

—En el asiento posterior del “Honda” había dos personas más. Un viejo calvo, embutido en abrigo marrón, y a su lado una mujer muy elegante de la cual solamente pudo divisar los cabellos muy rubios.

Cabellos muy rubios... El viejo... Todo coincidía con los comentarios hechos en la granja...

—Durante la corta conversación, la mujer permaneció inmóvil, casi hundido el rostro en la piel de su abrigo. Les dos otros se despidieron agitando la mano subieron, y el “Honda” embolsó hacia París. ¿Seguro que no hay nada grave en perspectiva?

Legars consiguió reír amistosamente. Le caía simpático aquel muchacho. Por dentro, presentía próximas violencias. Dijo:

—Nada grave. Y le agradezco su prueba de amistad

El “Alpine” partió el primero. Legars extrajo la “Luger” de su escondite hundiéndola en el bolsillo inferior del Loden, culata al aire, disimulada bajo el pliegue del pañuelo de cuello.

Diez minutos después llegaba a marcha lenta a la avenida transversal de Boulogne, escrutando ambos lados. No había ningún

“Honda” estacionado. Nadie acechaba en los espacios a oscuras de la avenida.

Para conservar las manos libres dejó su equipaje en el coche. Arriba, la puerta de su piso filtraba solamente rumores tranquilizantes, risas, charla de una reunión animada que estaba vaciando copas.

Abrió suavemente con su propia llave. Pero Denise le aguardaba en el recibidor. Le enlazó del cuello y anunció sonriente:

—No es culpa mía. Aterrizas en un hogar lleno de amigos...

Se apartó descubriendo el salón abierto.

Legars no tuvo tiempo de disimular. Su diestra se deslizó de golpe entre las solapas de su abrigo.

Los visitantes eran cuatro. El viejo calvo, cruzadas las piernas, se arrellanaba junto a una mujer rubia.

Los otros dos, amables, sonrientes, paseaban con soltura, pinchando aceitunas y anchoas. Como en un cóctel de exposición. O como viejos amigos de la casa.

El calvo alzó su vaso conteniendo un doble whisky. Parecía brindar hacia el recién llegado. Exclamó:

—¡Por fin! Encantado de conocerle.

CAPÍTULO IX

LEGARS había permanecido en el recibidor, dando la espalda a la puerta. Ladeó la cabeza hacia Denise cuya sonrisa acababa de convertirse en mueca preocupada. Preguntó él en voz baja:

—¿Les conoces?

—No. Invadieron la casa afirmando que venías tras ellos, y que íbamos a cenar fuera por cuenta de ellos. Acudían cargados de flores y botellas. Les dejé instalarse.

Legars avanzó hacia el salón sin soltar la culata de la automática oculta por el fular. El viejo, la rubia y los otros dos, le miraban con curiosidad, divertidos. Agrupados al fondo. Los dos en pie, tras el diván.

Denise se había apartado a un lado del dintel. Ladeando la cara, Legars les habló muy bajo:

—Vete inmediatamente a casa de tu hermana y quédate allí con cualquier pretexto. Ya te telefonearé apenas quede liquidado este asunto. Aprisa, vete...

Era la voz mordiente, incisiva, de otro hombre, la que Denise estaba ahora oyendo. Por vez primera la oía. Ni siquiera en sus instantes de fría cólera le había hablado así él.

Se sometió al instante, porque empezaba a invadirla el miedo. El chasquido de la cerradura resonó a espaldas de Legars. Dando otro paso quedó en el dintel del salón.

El viejo calvo declaró:

—Soy Jovian, “el Viejo”, para los amigos, y Vian para los íntimos.

Su sonrisa se extendió de oreja a oreja, descubriendo una

dentadura postiza, impecable. Añadió:

—Cumplí los sesenta, y como podrá apreciar estoy en buena forma física y mental, pero ya pasé la edad de las tonterías. Mi presencia debería tranquilizarle. No hemos venido a romper el mobiliario ni la vajilla. Solamente a hablar con toda franqueza. Entre hombres.

Su cuerpo vigoroso, erguido, rellenaba un traje gris claro que le daba una silueta juvenil. En su rostro rojizo, de bebedor, destellaban malicia sus ojillos penetrantes. Todo él respiraba falsa amabilidad.

Legars no se movía, aguardando la continuación. Entornados los párpados, seguía con atención los movimientos de todos los reunidos.

Jovian señaló a la rubia.

—Esta encantadora joven es la señora Dilmagio. No la ha visto nunca, pero tal vez su nombre le resulte familiar...

¿Era la invisible Marisa de la granja? Ella alzó el rostro hacia Legars. Un semblante de expresión adormilada, de ojos dilatados y de un azul tan pálido que parecían transparentes. Su voz surgió muy apagada:

—Hola, ¿qué tal?

Los restantes dos se habían colocado a cada lado del diván para quedar más iluminados y visibles. Observaban con frialdad a Legars.

Señalando al más elegante, presentó Jovian:

—El guapo mozo, del bigotillo negro, se llama Walter. Walter No-Sé-Qué, ya que nadie conoce su verdadero apellido.

Walter hizo un saludo irónico. Reconoció Legars en Walter al parlamentario correcto que había mencionado Forestier.

El rostro macizo y sombrío del último, le parecía vagamente familiar. Y Jovian aclaró el parecido:

—Para terminar las presentaciones, aquí tiene a su amigo Michel. Concretamente Marius Michel. No es ningún fantasma. El hermano menor del otro Michel, que en vida se llamó Jacques, pero todos, y él mismo, empleaban su apellido siempre.

Legars apartó el tejido sedoso, mostrando la “Luger”. Preguntó:

—¿Qué han venido a hacer aquí?

Jovian rio afectuosamente:

—Por favor, no sea ridículo, joven. Ninguno de nosotros lleva

armas. Hemos venido como amigos, para discutir con el corazón en la mano. No con armas de fuego. Nadie piensa en causarle el menor daño, ni siquiera Marius que desde hace tres meses lleva luto, interno, por su hermano mayor.

Imposible, Legars trazó en el aire una especie de círculo con la pistola, replicando con tono inalterable:

—Ya conozco el estilo amistoso. Sus amigos, los viajeros alpinistas, me hicieron una demostración de tales modales, mediado septiembre. Logré sobrevivir, y para mí el asunto quedó liquidado. También debería estarlo para ustedes.

—¿Y por qué? —quiso saber Jovian interesado.

—Porque si fuese mi esqueleto el que estuviera en el despenadero, hace tiempo que sus cuatro compañeros se hallarían a dos mil millas de aquí, en algún rincón sudamericano, con armas y bagaje.

Satisfecho, exclamó Jovian:

—¡Ya llegamos al punto interesante!

Intervino Walter, inclinándose sobre la mesita con vasos y platillos:

—Ya dije que el señor Legars era un hombre muy inteligente. Comprende con rapidez.

—No toquen más ni vasos ni entremeses. Se equivocan de lleno los cuatro al confundirme con un ciudadano reblandecido por la buena vida. Estoy en mi casa y han entrado con un embuste, creyendo iban a hacerme sudar de miedo.

—Nunca pretendimos tal imposible —afirmó Jovian, seriamente.

—Sería conveniente que supiesen que antes de presentarme sus caras de pillos, me presentaron otras mucho más feroces y nobles. Allá por el año 58. Era mi piel o la de ellos. ¿Creen que ahora titubearía? Mientras estén en mi casa, armados o no, recuerden que al menor resbalón, se largan cogidos de la mano, al mismo infierno. Y si se imaginan que es jactancia, nada me complacería más que demostrarles lo contrario.

El silencio se prolongó unos instantes. Walter y el joven Michel contemplaban la alfombra pensativamente. Jovian volvía a encender su habano. Únicamente Marisa enfocó sus extraños ojos demenciales hacia Legars. Y dijo:

—Por favor. No se ponga nervioso, sobre todo.

Aquella tontería distendió los nervios. Sus tres acompañantes se echaron a reír. Legars se cruzó de brazos, y la “Luger” desapareció, empuñada, bajo su axila izquierda. Jovian refunfuñó ya serio:

—Hay un malentendido. Nos considera gentuza poco recomendable. Del pasado, no tiene usted la culpa. De acuerdo. Salvó usted su piel, y nos costó caro. Peor para nosotros. Hasta aquí, todo a su favor. Pero ya que habló antes de resbalones, permítame decirle que dio usted uno enorme.

—¿Cuál?

—Guardar silencio. No informar a las autoridades. Desde este mismo instante, era como invitarnos a visitarle. Desde aquel mismo instante, sin saberlo, usted se pasaba al otro bando. Sí, al nuestro. Y como en todo el asunto, usted es el ganador, tenemos derecho a pedirle cuentas.

Las cuatro miradas convergieron en. Legars, inquisitivas. Habló Walter:

—¿Dónde están las maletas? Valdría más que nos lo dijese ahora. Todavía estamos predispuestos a la tolerancia.

Marisa y sus compañeros asintieron, clavada la mirada en el rostro inexpresivo de Legars que iba analizando. El viejo había acertado al mencionar veladamente una complicidad involuntaria.

Aquel cuarteto de extraños granujas iban descubriendo sus cartas muy prudentemente, una tras otra. Legars mostró una de las suyas:

—La semana pasada regresé allá, donde saben. Alguien había realizado el mismo viaje, antes que yo. Ya no quedaba nada en el patio de la granja Troufond.

Exhibió Jovian sus dientes postizos.

—¿Está seguro?

—No me tomé la molestia de ir allá para entonar un réquiem. Me impulsó la curiosidad, la inquietud, si lo prefieren.

Walter aclaró irónicamente:

—Nosotros fuimos allá, donde usted sabe, hace ya más de dos meses. Marius y yo nos encargamos de los funerales. Por suerte, la fosa estaba cerca y eran solamente tres viajes, uno por cada cuerpo. Ahora bien... Las maletas habían desaparecido.

Encogió Legars los hombros.

—Lo cual demuestra que alguien más listo se les anticipó allá.

Ustedes tuvieron que darse más prisa, caramba. El día en que me marché, vuestras malditas maletas estaban en el patio. Solamente las toqué para vaciar el portamaletas del “Alpine”. Ni me tomé la molestia de abrir siquiera una de ellas y todavía ignoro lo que contenían.

El viejo Jovian, apartando las manos en gesto untuoso, declaró:

—Contenían doscientos millones de los antiguos, o sea, dos millones de francos actuales. Muy fuertes. Muy tentadores. Hasta el más honrado se sentiría propenso a ser algo bribón y granuja al contemplar tanto billete nuevo, junto. ¿Usted no?

—Yo no. Yo pertenezco a esta raza numerosa de cretinos que encuentran más rentable trabajar y vivir de un sueldo seguro.

Marisa Dilmagio parecía dormir. Dio un codazo a Jovian, y el viejo manifestó:

—Fíjese un poco en la señora Dilmagio. Quiere decirle algo.

La rubia alzó lentamente sus párpados y giró la cara hacia Legars. Habló espaciando las palabras:

—Yo estaba en la granja aquel día. Fue el último tiroteo, el del mediodía, el que me hizo salir de los matorrales donde me ahogaba desde el amanecer. Dejé pasar unos minutos y me dirigí hacia el patio. Usted acababa de irse con su coche... Y las maletas ya no estaban allí.

CAPÍTULO X

POR vez primera desde su llegada, sonrió Legars. El enemigo no era temible. Estaba dando muchos rodeos el enemigo, para reclamar unos derechos muy suyos. Intentaban asustar al ciudadano honorable.

Jovian y sus acompañantes estaban espoleados por una codicia lógica, irresistible. Pero se hallaban en un terreno ajeno, donde emplear la violencia podía suponerles muchas pérdidas. Monetarias y vitales.

Los cuatro espiaban ferozmente el semblante del adversario para descubrir algún indicio de miedo. Jovian dijo amenazador:

—Está usted copado, amigo. ¿Qué puede contestar ahora?

La sonrisa de Legars se acentuó:

—Caben dos posibilidades. O bien esta señora miente o tendremos que admitir que alguien más rondaba aquellos parajes en el momento de mi partida. Elija la posibilidad que más le guste.

Los ojos mortecinos de Marisa no pestañearon. Sus compañeros parecían algo decepcionados por la actitud de Legars que prosiguió:

—Buscan su botín con una estupidez que me maravilla. Me callé y me confundieron con un ladrón. La señora aquí presente, embustera o no, debió decirles que sus ex cómplices ya habían decidido traicionarles, y que a ella le reservaban el mismo destino que a mí: la fosa, ignorada. La desaparición del botín los tiene enloquecidos. Piensen un poco.

Los cuatro escuchaban con profunda atención.

—Mi silencio se debió a que el pim-pam-pum de la granja no valía el tormento moral de una investigación y proceso. No dije ni

he dicho nada y duermo sin pesadillas. Mientras mi tranquilidad no se vea amenazada, seguiré callándome. Y vosotros estáis obligados a mantener el mismo silencio, aunque sea por pura codicia.

El rostro de Jovian había enrojecido más.

—Muy bien hablado. Estoy seguro que podemos hallar un campo neutral de entendimiento. Cuando le baya dicho de donde proceden estos dos millones, la pistola se le caerá de la mano.

—Lo cierto es que no están en mi casa.

—Ni nunca se nos ocurrió pensar tamaña sandez. Cambiaron de escondite. Y este juego de manos no se realizó por arte de magia. Usted estaba allí.

—No estaba ya allí, compadre Jovian. Esta señora que les ha colocado sobre mi pista, sabe mucho más que yo. Los cuatro torpes que ustedes enviaron allá se preparaban a largarse con el botín. Murieron. ¿No se les ha ocurrido pensar que ella podía adoptar el proyecto de los otros cuatro por su propia cuenta? Era fácil. Luego, el viajante del “Alpine” sería un magnífico culpable.

Marisa se echó a reír con aire estúpido.

—¿Se dan cuenta de la idiotez que suelta el hombre?

Walter consultó a Jovian que abanicó las pestañas, como una señal convenida de antemano. Dijo Walter:

—Vamos a explicarle todo. Pero me gustaría que cambiase de actitud. Su pistola me molesta.

—No la mire. La mantengo bien, y no se disparará sola. Prosiga.

—Los dos millones no valen ni cinco céntimos aquí en Francia. Perderían el sesenta por ciento en el extranjero. Son emisiones completas, series C y E, número 254. Salieron de la Banca Nacional el pasado enero para refrescar la circulación fiduciaria en un pueblo del norte. ¿Comprende?

—Sí. Se llama transferencia de tesorería.

—Exacto. El transporte blindado no llegó a destino. Lo emparedaron entre dos camiones. La mercancía fue depositada en lugar seguro. Quedamos en aguardar seis meses. Solamente Dilmagio y su esposa conocían el escondite... Mientras, la mitad de la banda fue detenida, incluido Dilmagio.

Suspiró el viejo Jovian y tras encender un pitillo prosiguió Walter:

—Ninguno de ellos reveló nada, pero los demás de la banda

empezaron a considerar que el tiempo se hacía largo. Engatusaron a Marisa. Con ella hicieron el viaje en septiembre. Pensaban matarla. Pensaban irse con todo el botín. Fracasaron. Nosotros solamente queremos nuestra parte. Pero somos gente pacífica.

El viejo Jovian, muy regocijado, se apresuró en exponer:

—Y ya todo aclarado, sepa que yo soy el único que puede exportar papel moneda de origen dudoso, con solamente una merma del diez por cien. Y regresamos a la pregunta que abrió el debate: ¿dónde se hallan los dos millones que dormían en la granja Troufond?

—Esto se lo tiene que preguntar a su embustera rubia. Si es preciso, le aplican torturas en un local cerrado. Quizá ella los dirija hacia el escondite y podrán encontrar este podrido dinero que les hace perder el sentido común...

En la pausa percibió Legars la tensión de los cuatro. Agregó:

—Por lo que a mí se refiere, ya he olvidado lo que acaba de hablarse. Si les queda un poco de seso, no ronden más esta casa y déjenme vivir en paz. Ya no me atraparán por sorpresa. No disparo a ciegas, sino a tiempo. Los dos sepultureros aquí presentes, lo comprobaron.

Retrocedió hasta abrir la puerta del piso:

—Y ahora, largo de aquí.

Los visitantes habían echado en montón sus abrigos sobre el antiguo bargueño del recibidor. Recogieron sus prendas y desfilaron uno por uno ante Legars. La rubia murmuró al salir:

—Adiós, suicida.

El último era Jovian. Se inclinó cortésmente, y habló amable el tono:

—Nos volveremos a ver pronto. En mi casa. No conoce la dirección, pero alguien le llevará, ojos vendados. Buenas noches, señor.

Habían estacionado su coche color guinda al fondo del callejón sin salida, lateral. Desde la terraza, inclinándose en la noche, Legars vio alejarse el "Honda" a toda velocidad.

Al regresar al interior vio una silueta moverse, al fondo, junto a la cocina. Sus visitantes habían dejado al "ejecutor" en el piso. En brusco juego de muñeca, empalmó la "Luger".

Muy pálida, Denise Legars salió de la penumbra. Explicó en

susurro:

—Volví a subir por la escalera de servicio. Lo oí todo.

Guardándose el arma, la abrazó Legars, calmándola. Y declaró:

—Desde esta misma noche iremos a dormir a cualquier hotel. Tú no volverás a poner los pies en este piso, bajo ningún pretexto. Lo esencial es que te sepa en sitio seguro durante algún tiempo. Todo se arreglará. No debes tener miedo.

—Tengo miedo por ti. ¿No sería mejor explicarlo todo a la policía?

—¡No! Estoy seguro de que me inculparían de todos modos. Los cuatro que acaban de salir, harían todo lo posible para hacerme tan sospechoso como el peor de ellos. Antes que obtuviese la absolución legal, me habría pasado ocho o diez meses en una cárcel. Y aunque la justicia me absolviese, un centenar de periódicos y diez millones de chismosos me calificarían de asesino.

Durante una semana fueron de hotel en hotel, comiendo en diversos restaurantes. Durante el día, Denise se refugiaba en Meulan, en casa de su hermana soltera Annie.

Le explicaron que el piso estaba en reparaciones por culpa de un reventón en las conducciones de agua. Legars iba solamente a Boulogne para recoger ropa limpia y el correo.

Casi se sentía devuelto a los veinte años. Amenazado por adversarios invisibles, la vida recobraba para él el extraño sabor especial de los tiempos de guerra.

El enemigo no llevaba uniforme y él tenía que afrontar el peligro a solas. La jungla de la gran capital le parecía tan peligrosa como cualquier sendero minado.

La salida de la fábrica era el momento más tenso. Le dejaba con la frente húmeda y doloridos los maxilares por la crispación. Por suerte al poco tiempo, Vernon le envió al norte con un camión-taller.

Tres días después regresó ya de noche. Prefirió dejar dormir tranquilamente a Denise en casa de su hermana. Fue a Boulogne, pero no había correo ni se había presentado ningún visitante.

Legars subió al piso. Hacía calor ahí dentro. Fuera nevaba. Decidió dormir en su piso. Le despertó el teléfono. Eran ya las ocho de la mañana. No contestó.

Llamaron varias veces mientras se afeitaba y bañaba. Media

hora después, se abrochó el abrigo más invernal tras deslizar la “Luger” contra su cadera izquierda.

Esperó unos instantes en el recibidor escuchando el ronroneo del ascensor. Y abrió la puerta del piso, saliendo.

Dos hombres inmóviles se hallaban en el corredor, respaldados en la pared, a cada lado de la salida.

Manos hundidas en los bolsillos de sus impermeables trincheras. Impávidos los rostros bajo el sombrero húmedo de nieve.

Legars no tuvo tiempo de soltar el asidero de la puerta, ni amagar un gesto hacia su pistola.

Uno de los dos individuos era muy rápido. Mostraba una placa. Se expresaba en tono fríamente cortés, pero el ultimátum era evidente.

—¿Señor Legars? Somos de la Policía Judicial. El comisario Pascal desea verle con toda urgencia a propósito de un asunto que le concierne. Si dispone inmediatamente de una hora o dos, ganaremos un tiempo muy valioso.

CAPÍTULO XI

LEGARS no exteriorizó su estremecimiento íntimo. Una gran calma le invadió.

—¿Quieren entrar un momento? Tengo que telefonar a mi esposa y a mi director.

Los dos policías se sentaron en el salón y ante ellos marcó Legars los números de la Orvel. Informó a la secretaria:

—Por favor, si Vernon pregunta por mí, dígle que no iré hasta la tarde. Esta mañana he de realizar gestiones.

A continuación comunicó con la casa de su cuñada Annie, y la propia Denise se puso al aparato. Dijo Legars:

—Regresé anoche, ya tarde. He dormido en el piso, desde donde te telefono. Voy a un despacho de la Policía Judicial y posiblemente estaré allí parte de la mañana. Apenas termine, volveré a llamarte y nos reuniremos para almorzar juntos. ¿Comprendido?

Con voz trémula indagó ella:

—¿Estás solo en el piso?

—No. Hasta luego. No te muevas para nada de Meulan.

Los policías se levantaban. Su actitud era reservada, pero sin demostrar desconfianza. Contemplaban el decorado con indiferencia.

Legars aprovechó que le daban la espalda para deslizar la “Luger” tras un cojín del diván. Preguntó:

—En definitiva, ¿de qué se trata? No tengo la menor idea del motivo por el cual quiere verme su comisario.

El de más edad sonrió bajo el corto bigote en cepillo.

—Nosotros tampoco. Esta visita forma parte de nuestra rutina cotidiana. Nos ordenaron avisarle y a ser posible, llevarle con nosotros al “Quai” (1). El coche nos espera.

(1) «Quai»: Muelle del Sena, Sede de la Policía Judicial, conocido por Muelle de los Orfèvres.

El 403 de la J. J. esperaba con el conductor apoyado de codos sobre el volante.

Legars se instaló atrás con el bigotudo. El otro sentóse delante. El coche arrancó hacia París. No intercambiaron una sola palabra durante todo el trayecto.

Legars contemplaba la blanca fantasmagoría de la nieve cayendo blandamente. Se esforzaba en pensar en cualquier cosa ajena a la granja Troufond.

Media hora después, el 403 se detenía ante el arcaico edificio del Quai des Orfèvres. Le escoltaron hasta el tercer piso y le señalaron una banqueta.

Aguardó unos diez minutos en el largo corredor sobre el cual se abría una serie de puertas de despachos.

Nadie parecía vigilarle. Y habría podido salir tranquilamente en el vaivén de los funcionarios. Lo cual habría sido reconocer cierta inquietud, ciertas dudas en su conciencia.

Por fin vio avanzar un hombretón de unos cuarenta años, de rubios cabellos muy escasos, y de rostro sonrosado, sin arrugas. Un semblante de hombre apacible. Le tendía la diestra.

—¿Señor Legars? Soy el comisario Pascal. Ha sido muy amable al tener a bien molestarse en venir.

—No hay molestia alguna. Sobraban los dos agentes. Una simple citación de su parte habría bastado.

El policía no acusó la insinuación. Tenía en sus ojos azules una especie de vaguedad que le daba, una mirada ausente, casi soñadora.

—¿Quiere seguirme? Pasaremos a mi despacho.

Los altos ventanales del despacho dominaban los muelles. El Sena se deslizaba como un reguero de tinta por entre aquella blancura nevada.

Pascal mostró el sillón de los visitantes y se arrellanó en el suyo, tras la mesa. Legars desabrochó su abrigo, desanudándose el pañuelo del cuello. Un silencio molesto fue prolongándose.

El comisario parecía desinteresarse del visitante, inclinaba la cabeza, hojeaba uno por uno los crujientes folios de un expediente, cuyo susurro empezaba a resultar intolerable.

Por fin, carraspeó Pascal y comenzó a exponer lentamente:

—Por exhorto petitorio del juzgado de Mazamet, me han encomendado comprobar en mi sector varias informaciones relativas a un caso algo confuso que se remonta a tres meses aproximadamente.

Al instante, Legars ya no vio la panorámica parisina. Ante sus ojos desfilaba la carretera montañera de Moissac a Montignac.

Proseguía el comisario con entonación monótona:

—No sabemos nada de usted, pero su identidad y dirección figuran en el texto de una denuncia anónima Véala.

Retiró del expediente una hoja que sostuvo delicadamente entre el pulgar y el índice, mirándola como si fuera transparente y simulando mucho aseo.

—Por lo general, no hacemos gran caso de estas basuras. Sin embargo, sucede que a veces una investigación desemboca en un callejón sin salida, y entonces nos vemos obligados a tomar en serio las informaciones de esta clase.

Dejó la carta sobre la mesa. Legars sonrió con dureza.

—Conozco al canalla que garrapateó esta carta. No le diré quién es. Lo sabrá tarde o temprano, porque me reservo el derecho de darle la paliza que se merece. En definitiva, ¿qué desea saber, comisario?

La mirada vaga de Pascal remontó por encima de la cabeza de Legars mientras preguntaba:

—¿Dónde estaba usted el pasado 17 de septiembre por la tarde, entre las dos y las seis?

Era un toque de sonda preliminar para ver si el sospechoso se embarcaba o no por la pendiente de la mentira. Replicó Legars:

—Conducía hacia Moissac por una carretera montañosa que debe ser una de las peores de Francia. La temperatura era de 30° a la sombra. Estaba reventado de cansancio y felizmente mi gira llegaba a su fin.

—En este itinerario desagradable, ¿no le ocurrió nada especial?

—Pues, no, a no ser que a medio camino, atravesando una aldea llamada Aunis, tuve que parar mi "Alpine" ante varias personas

enlutadas que me dedicaban muchas gesticulaciones.

—¿Debido a...?

—Una joven que se hallaba con ellos acababa de perder el autocar. La acepté a bordo.

—Una atención muy corriente, ¿no?

—En aquel caso, sí. La dejé media hora después a la entrada de Chaumont, que viene a ser como las afueras de Moissac.

—¿La recuerda bien a dicha joven?

—Relativamente, no. Pero recientemente, alguien, que debe ser el autor de esta carta anónima, vino a decirme que mi pasajera había contado una historieta absurda a propósito de un bolso de mano lleno de billetes. Ya que no soy un ladrón, este cuento me tuvo sin cuidado.

El policía escrutó de nuevo la carta alisándose con los dedos sus escasos cabellos rubios. Pasaron unos segundos. Legars, incómodo en su estrecho sillón, adivinó que aquella pausa era preparación de una maniobra sensacional.

Repentinamente, a su espalda, resonó un ruido metálico, como el chasquido de una compuerta bien lubricada.

El comisario no alzó los ojos. Saboreaba la prosa del viajante textil Dubosc. Un soplo más fresco penetró por el despacho.

Legars se volvió con curiosidad. Se abrió una de las puertas del fondo. Una mujer alta, toda vestida de negro, se enmarcó en el dintel, permaneciendo inmóvil.

Su mirada gris exploró el despacho y trabó contacto con la mirada de Legars quien, al principio, no la reconocía. Debido al extraño turbante pueblerino que la hacía parecer más alta.

Sus recuerdos se precisaron con nitidez. Giró la cara fastidiado. La mujer anunció con voz áspera:

—Es él. Sin la menor duda. Es él.

Desapareció su macabra figura al volver a cerrarse la puerta.

El comisario Pascal dejó transcurrir casi un minuto antes de exponer:

—La historieta de la señora Dominio no es una invención ni un cuento. La policía de Mazamet comprobó sus declaraciones. Salía efectivamente de un consejo de familia relativo a la herencia de su marido, y que se acabó con un reparto de fondos.

Sonriendo angélicamente, reprobó Pascal:

—Su bolso de mano contenía realmente quince mil francos en efectivo. Por consiguiente su denuncia era justa.

Legars crispó los puños para contener su cólera.

—Esta mujer bajó de mi coche con su bolso de mano. Por cierto, era bastante voluminoso.

—Contenía también documentos notariales.

—En el momento en que me iba, la miré por última vez. Tenía el bolso apretado bajo su brazo izquierdo. Estoy muy seguro de lo que vi y puedo jurarlo, si es preciso.

—Nadie piensa poner en duda su palabra. Yo mismo estoy seguro de su buena fe, pero es que usted ignora una parte de la verdad.

Bajó los ojos para manifestar suavemente:

—La señora Dominio tenía dos bolsos de mano. Desgraciadamente, el más pequeño no estaba dentro del mayor. De hecho se trataba de un simple monedero rectangular adornado con cierre de latón. Era este bolso el que contenía el dinero. ¿Lo vio?

Denegó rabiosamente con la cabeza Legars:

—No lo vi ni un instante en ningún momento, ni durante el viaje ni en la parada en las afueras de Moissac. Si se hubiese quedado dentro del coche, lo habría visto aquella misma noche.

—Sin embargo, ahí debió quedarse.

Levantándose bruscamente, mordió Legars las palabras:

—¡De acuerdo! Entonces yo soy un ratero. Acúseme y terminemos de una vez por todas.

Por vez primera la voz de Pascal resultó muy autoritaria.

—No le acuso. Le interrogo. Siéntese. Y conserve la calma.

Volvió a dilatarse en sonrisa su rostro liso y sonrosarlo

—Ya no se trata de acusar a nadie, puesto que la buena señora Dominio retiró su denuncia.

Legars se dejó caer en el sillón y su rostro recuperó la rigidez de una máscara. Tenía la impresión de que estaban burlándose de él, pero aquella sabia ironía ocultaba seguramente una trampa.

Los ojos soñadores del comisario Pascal se posaron nuevamente sobre la carta anónima. Preguntó con aire distraído:

—¿Dónde durmió aquella noche?

Mirando el techo, Legars pensó que aquel maldito lapso sanguinario en la granja, le obligaba a mentir. Replicó:

—Si no recuerdo mal, pasé la noche en Masamet.

Pascal no insistió. Cambió de pronto de tema con una despreocupación desconcertante.

—¿No adivina por qué la señora Dominic ha retirado su denuncia?

—No tengo la menor idea.

—Días más tarde, recuperaba su bolso, con el dinero intacto. Fue un electricista de la Compañía Estatal quien recogió el bolso entre la hierba de un terraplén, al estar inspeccionando una línea de los alrededores. Por consiguiente, queda usted plenamente fuera de dudas.

Pero Legars quedó plenamente alerta. La mirada de Pascal parecía seguir el revoloteo invisible de una mosca inexistente en torno a la cabeza del visitante. Y sonrió el comisario beatíficamente:

—Ahora bien, donde este asunto se hace más complejo es cuando usted me afirma que hizo etapa nocturna en Mazamet.

—¿Qué tiene que ver con el bolso?

—Fue hallado en una dirección que se aparta mucho de Mazamet. Exactamente en la ruta montañera que une Moissac con Montignac. Para ser más concretos, en el kilómetro 11.

—No hay ningún misterio en ello. El director del Royal me hizo reserva de plaza en el refugio Grosjean, pero el sitio no me gustó, y pensé que era más sensato ir hasta Mazamet para acortar mi etapa del día siguiente. Y allá fui.

También por vez primera la mirada del comisario adquirió una penetrante fijeza, aunque su tono fuese amable.

—Ya veo... Y usted debió parar en el trayecto montañoso por cualquier motivo. Probablemente el bolso había quedado preso entre la parte inferior de la banqueta delantera y la portezuela derecha. Al abrirla usted, sin darse cuenta, hizo resbalar el bolso en la hierba del terraplén descendente y segundos después volvió a marcharse, sin haber notado nada de particular.

—Es muy posible. Hacia las cinco me detuve.

Había estado a punto de añadir: "...bajo la amenaza de dos pistolas ametralladoras". Todo habría quedado solucionado. Habría salido libre de preocupaciones pasadas, pero ¿hacia qué cárcel, hacia qué degradación?

El comisario Pascal tenía un estilo diabólico de llevarle poco a

poco hacia el terreno resbaladizo. Proseguía con amabilidad:

—Dado que este maldito bolso fue hallado sobre el lado izquierdo de la carretera con relación a su dirección de salida, supongo que usted hizo media vuelta tras pasar de largo ante el refugio. Y pasó por Moissac para remontar hasta Mazamet. Por consiguiente, su parada se situaría en la ruta de regreso...

La interrogación era apenas insinuada en la última frase. Legars se limitó a asentir con la cabeza, guardando un silencio prudente.

Nuevamente Pascal saltó de un tema a otro.

—Por carambola, la honradez del electricista si bien garantiza la inocencia de usted, deja en muy mala situación a la señora Dominio.

Se echó atrás contra el respaldo de su sillón, riendo divertido. Legars, cada vez más receloso, exhibió una mueca de cortés asombro.

El comisario Pascal cerró el expediente, lo empujó a su derecha y cruzó los antebrazos sobre la mesa. Su mirada, chispeante de buen humor, contemplaba al visitante.

—Como podrá usted deducir fácilmente, la señora Dominic no hizo un viaje tan largo para solamente identificarle a usted entre dos abaniqueos de puerta. Cuando le devolvieron su dinero corrió a depositarlo en un Banco de Moissac. Pero los billetes ya no eran los mismos. Curioso, ¿no le parece?

Legars asintió, estallando de impaciencia por dentro.

—El cajero notó cierta rareza en aquellos billetes. Días más tarde, la policía de Mazamet fue a Chaumont para interrogar a la viuda Amanda Dominic. Y luego a la parentela y al propio notario.

Volvió a reír alegremente Pascal.

—El honorable notario pudo demostrar fácilmente que había pagado en dinero sacrosanto, no en dinero robado. La policía dedujo que la sustitución tuvo lugar entre el momento en que la viuda Dominic perdió su bolso pequeño y aquél en que el electricista cableador lo encontró.

Movió Pascal el índice hacia Legars.

—Ha sido este curioso encadenamiento de circunstancias el que le ha traído aquí, no en calidad de sospechoso, sino simplemente para contestar a ciertas preguntas que nos tienen muy confundidos.

Volvió a abrir el expediente y desprendió de un clip, un delgado

fajo de billetes de Banco, nuevísimos, que empujó hacia su visitante.

Legars se quitó parsimoniosamente el guante derecho para examinar el fajito. Todos aquellos billetes muy nuevos llevaban un número de serie y una letra. Ambas cosas mencionadas por Walter No-Sé-Qué: C-254.

Trató Legars de hablar con indiferencia:

—A mí me parecen legales.

—Lo son, en efecto, salvo para la policía y para algunos cajeros de Banco meticulosos, a quienes la menor rareza no se les escapa.

Pascal recogió el fajito. Parecía reflexionar y su mirada vacía de expresión rondaba en torno a la cara del visitante. De pronto, susurró como un conspirador:

—Tengo la impresión de que usted nos podría ayudar mucho. ¿No sabe nada de especial que ignoremos nosotros?

—Hace más de un cuarto de hora que me empeño en saber la razón por la cual estoy aquí. ¿Qué espera que pueda decirle yo, comisario?

—Usted sabrá. Yo no. La policía de Mazamet perdió mucho tiempo para poder hallar al automovilista servicial que transportó a la viuda. Ha sido precisa esta denuncia anónima para que lo supieran. Primeramente, nos dedicamos a vigilarle a usted con gran discreción y delicadeza... ¿Se dio cuenta?

—No. Mi trabajo me acapara por entero. Viajo por Francia ocho meses sobre doce. Y la vida privada de un viajante se reduce al mínimo.

—La directiva y personal de la Orvel le han cubierto de elogios. Por otra parte, en su piso de Boulogne, forma usted con su esposa una pareja ejemplar. Por fin, su pasado no esconde nada sospechoso ni escandalizador. Es usted un ciudadano tranquilo, que sabe hacerse respetar. ¿Qué importa una noche perdida en algún rincón montañoso?

Legars se preparó a encajar y defenderse. Pascal volvió a abrir el expediente. Lo hojeó con exasperante lentitud. Preguntó por fin:

—¿Dónde pasó usted la noche del 17 al 18 de setiembre?

Colérico manifestó Legars:

—Creía habérselo dicho ya no hace mucho. En Mazamet, o tal vez en otro sitio. Por la comarca, yo qué sé...

—Yo sí sé que no fue en Mazamet. La policía no halló ninguna ficha a su nombre en Mazamet. En París nadie le vio en aquella fecha. Y es muy de lamentar porque la noche de la cual hablamos nos interesa horrores, mucho más de lo que se imagina.

Irritado martilleó Legars sus palabras.

—Tal vez la pasé tirado en la banqueta posterior de mi coche. En todo caso, me consta que el bolso de la viuda no estaba en el coche, y mi cartera contenía solamente una cantidad modesta, en billetes viejos. Nada más puedo decirle.

—Claro, claro —y el comisario suspiró resignado—. No vamos a ponernos pesados por una noche lejana que afirma usted no recordar con precisión. Pero puede que fuera aquella misma noche cuando usted, sin saberlo, pasó muy cerca de unos criminales errando por los montes. ¿A quién o quienes encontró por su camino?

—A nadie que valiera la pena fijarse. No cuento a esta cabeza de chorlito, la viuda, que barajaba dos bolsos de mano. Solamente tuve un contratiempo al hallar mi habitación ocupada en el Royal, de Moissac. Estaba reventado de calor y cansancio...

—Lo cual no le impidió dar un amplio rodeo que le llevó más allá del refugio montañoso, para nada.

—Necesitaba dormir en algún sitio, ¿no?

—¿Dónde, por favor?

La paciente pregunta del policía no exasperó ya a Legars. Se limitó a menear la cabeza en sentido negativo a la vez que encogía los hombros como expresando su ignorancia.

—Escuche, Legars... No busco en forma alguna abrumarle. Tuvo tal vez un pequeño accidente... ¿No? Entonces quizá una aventurita desagradable con alguna mujer...

—No.

—Entonces, ¿por qué se encierra en este silencio? Comprenderá que no voy a recurrir a la tortura para arrancarle la revelación de dónde pasó aquella desgraciada noche.

Con expresión de intensa fatiga, afirmó Legars:

—No serviría de nada. Ya pasé por interrogatorios salvajes. No pudieron sacarme nada del cerebro. No es jactancia.

Nuevamente se quitó el guante de la mano derecha y la extendió de plano sobre la mesa. El pulgar estaba indemne, pero los otros

dedos carecían de uñas.

Solamente un bultito cicatrizado que se redondeaba a la extremidad de cada dedo. Rio roncamente.

—No fue un accidente de trabajo. Vi saltar una por una mis uñas, en un helado sótano montañoso de una granja, en Najib Oued, comarca argelina. Cada una de estas uñas perdidas me enorgullece. Representa la vida de todos los compañeros de mi comando, cuyo escondite siguió siendo un secreto. ¿Cree usted que si yo me considerase culpable de algo vergonzoso encubriría con mi silencio a nadie?

Legars retiró la diestra y volvió a ajustarse el guante.

La mirada del comisario Pascal se endureció, pero hablaba con sincera simpatía.

—Usted sabe perfectamente que con ciudadanos como usted no empleamos métodos brutales. Preferimos confiar en su inteligencia.

Legars se levantó con decisión, sin esperar a la fórmula de despedida.

Pascal le acompañó hasta la puerta.

—Si le sucediese cualquier anormalidad, no vacile en acudir a mi despacho. Aunque no tengamos buena fama, le garantizo que nuestro deseo es siempre el mismo. Proteger al ciudadano que nos merece toda clase de consideraciones.

—Gracias. Lo tendré muy en cuenta llegado el caso.

CAPÍTULO XII

EN un bar pidió fichas, encerrándose en la cabina. Denise montaba guardia junto al aparato en Meulan y descolgó inmediatamente. Expuso Legars:

—Salgo ahora mismo del Quai des Orfèvres. Todo ha ido bien. Un comisario me ha estado pinchando largo tiempo, sin resultado positivo. Es posible que me sigan vigilando. Mucho mejor. Esta vigilancia desanimará a los que nos visitaron... ¿No hubo novedad por Meulan?

—No he visto a nadie. Y aunque esta banda de granujas se interesasen en mi paradero, ¿cómo podrían encontrarme en este laberinto de los arrabales?

—De todos modos desconfía.

—Cariño... ¿Por qué no le explicaste todo al comisario? Un día u otro te verás obligado a hacerlo. Hubiera sido preferible que te anticipases, aunque fuera solamente para librarnos de esta inquietud. ¿Cuánto tiempo más vamos a vivir así, expuestos a una denuncia anónima?

—La primera ya llegó a su destino. Ha sido un pelmazo callanesco de mi gremio, aunque en el ramo textil, quien puso a la policía sobre mi pista. Esta vez salí de apuros por pelos... Ya te lo explicaré todo mientras almorzamos. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—En la Puerta Boulogne, ya que de todos modos es tu mismo camino hacia la empresa. Te esperaré en el restaurante Danglas. ¿De acuerdo, Roger?

—Estupendo. Digamos a las doce en punto. Llamas un taxi y vas

directo allá.

Fue a recoger su “D. S.”. La nieve seguía cayendo blandamente de un cielo negruzco que oscurecía la ciudad.

El restaurante Danglas parecía todavía desierto, pero Denise ya estaba aguardándole, perdida en una inmensa sala, iluminada como si fuese ya el anochecer.

Al estacionar, Legars percibió su silueta solitaria a través de las cristaleras empañadas por el vaho.

Volvía la espalda a la avenida y no le vio acudir. Llagando tras ella saludó Legars con afecto:

—Hola, mi vida.

La mujer dio media vuelta, bruscamente.

Legars se detuvo, truncando su ademán cariñoso, endurecidas las facciones. No era Denise.

La mujer, arropada en amplio abrigo capa, le sonreía bajo la caperuza de piel. Marisa Dilmagio. Ahora estaba bonita, elegante, y el maquillaje daba a sus claros ojos un fascinante reflejo. Dijo amablemente:

—No soy responsable de esto. Fue el viejo Vian quien preparó este cambio. Ha retenido a su esposa para almorzar y me ha enviado aquí para hacerle compañía. Si mi presencia no le basta, iremos a encontrarnos con el resto del grupo en un rincón encantador del Bosque de Lorville.

La sangre afluyó poco a poco al rostro de Legars que jadeaba inmóvil. Su voz baja y silbante llegó por sacudidas a oídos de la rubia.

—Dígame primero cómo lograron invitar a mi esposa.

—Cuando salía en busca del taxi, la rodeamos como amigos. No hubo necesidad de maltratarla. Es simplemente un rehén, ¿sabe?

—Puede volver junto a sus amigos. Será mejor para usted. Debería recordar que, en cierto modo, vive usted gracias a mí. A partir de ahora, vaya lamentando haber participado en esta bajeza. Rece lo que sepa.

Legars se alejó apresuradamente y desapareció tras la cortina de nieve. Regresó a su piso. La penumbra vacía aumentó su desesperación. Recogiendo la “Luger” tras el cojín del diván la hundió en el bolsillo interior del abrigo.

El contacto helado del metal despertó su furor, desencadenando

el automatismo aletargado. Condujo al coche sin rumbo, hasta que tomó una decisión.

Bajo la nieve, que caía sin cesar, París era un lugar sombrío y silencioso como un bosque en la alta montaña.

* * *

El comisario Pascal alzó la cabeza sorprendido, cuando el visitante de la mañana irrumpió en su despacho sin haber sido anunciado.

Legars parecía calmoso, pero sus rasgos faciales tenían una rigidez siniestra. Sentándose, manifestó:

—Muy en contra de mi voluntad, he considerado necesario explicarle la verdad sobre la famosa noche que tanto le interesa.

—Celebro que su inteligencia le haya aconsejado. Y tanto más, cuanto los dos agentes de esta mañana iban a buscarle donde fuese. ¿Qué desea decirme?

—Ante todo pongamos en claro que no busco atenuantes ni pretendo que me crea. Aquí, dentro de un despacho normal, en ambiente civilizado, le resultará difícil poder creer que un hombre puede sentirse de pronto retroceder diez años y actuar nuevamente como en cualquier campo de batalla.

—Explíqueme lo que pasó y trataré de comprenderlo.

La confesión de Legars tuvo la matemática precisión de una serie sucesiva de planos cinematográficos. El último plano, cuando la orden de Michel iniciando el avance hacia la granja, desencadenó los disparos de un ex combatiente que sabía el valor de no desperdiciar munición.

Callándose, Legars cerró los ojos. Se reservaba su visita segunda a la granja Troufond, la gestión del viejo Vian y sus comparsas, y el reciente secuestro de Denise.

Estimaba que la liberación de su esposa era algo que incumbía a su personal responsabilidad.

El comisario Pascal lo había escuchado sin interrumpirle. Tras la pausa de silencio, expuso Pascal:

—Desde ayer la policía explora el perímetro de Troufond. Un granjero asustadizo que se decidió a hablar... Lo de siempre. Hablan seis meses o un año después, cuando es demasiado tarde, a veces.

Legars siguió silencioso. La velada crítica del comisario era

justa.

—Esta mañana sondearon el abismo cercano a la granja. Extrajeron cuatro cadáveres, un coche destrozado y metralletas oxidadas. Los investigadores lograron etiquetar los restos. Acababan de reconstruir la banda de Dilmagio, cuya otra mitad se encuentra entre rejas.

Sonrió tenuemente el comisario.

—Si el jefe del gang, Raymond Dilmagio, no hubiese estado en la cárcel le hubiésemos achacado estas cuatro muertes, ya que cada parte del botín se ha duplicado para los supervivientes. Es casi una traición en el mundillo criminal: los beneficiarios de un buen golpe acaban, por lo general, liquidándose mutuamente para aumentar los dividendos de la operación.

Contempló con fijeza a Legars.

—En conciencia, estimo que nosotros no podemos reprocharle haber eliminado a quienes desearon asesinarle. Más tarde, pertenecerá al juez determinar su responsabilidad legal. Y dígame... si esta mañana hubiera sabido usted lo que ahora le he contado, ¿cómo habría reaccionado?

—Me habría callado. Necesitaba unas horas para meditar mi decisión. Es muy desagradable tener que confesar un acto así, cuando el acto bestial en sí, se halla justificado por legítima defensa y cuando por añadidura es el resultado de un estúpido azar.

—¿Azar estúpido?

—Si el botones del hotel no menciona el refugio montañoso, yo habría ido tranquilamente a Mazamet.

—Bien... Resumiendo, tenemos, muertos o vivos, los ocho culpables del atraco, pero este éxito no resuelve nada. Su botín se evaporó. La policía registró sin resultados la granja y todo el terreno en torno. Me veo obligado por consiguiente a ser rutinario y atenerme a usted, sospechoso número uno, para preguntarle: ¿dónde están los billetes?

Respingando, Legars se levantó muy pálido.

—¡No lo sé! ¿Acaso tengo cara de rapiñar basuras? Vine para aliviar mi conciencia, por temor de crearme un asesino, y usted me acusa de algo asqueroso. Si yo hubiese rapiñado los millones de Dilmagio, sepa que estaría en Sudamérica o en las Archibambas... ¿Desea tener a alguien para cargar con una desaparición de dinero

robado? No se preocupe. Me tiene a mano.

—Siéntese. No es preciso indignarse. Es posible que usted sea sincero. Nadie puede contradecirle, por el momento. No está del todo absuelto, pero yo cometería un error al coartar su libertad basándome en presunciones muy vagas.

Y ahora fue el comisario el que se levantó.

—Me consta por instinto que usted todavía no me lo ha dicho todo. También me consta cuál es su constante obsesión. Ahora bien, tiene que convencerse que la moral de guerra ya no tiene curso hoy. Tal vez no sea responsable al revivir diez años antes y cometer un acto de violencia, legítima en sí, no socialmente.

Señaló Pascal al exterior, más allá de los ventanales.

—Son muchos los ex combatientes que han recuperado la adaptación...

—¡Como yo! Y que no se dejarían degollar como borregos.

—De acuerdo. Esto no se lo reprocho yo. Lo que constituye su obsesión es obstinarse en pretender que su buen derecho le permitía combatir individualmente contra un enemigo sin honor. En tiempos de paz, es una tarea ingrata que incumbe a los mercenarios que somos nosotros, la policía. Ahora, puede regresar a su casa y no intente abandonar París sin mi autorización. Buenas tardes.

Media hora después, Legars conducía sin prisas por la autopista del sur. Hacia el Bosque de Lorville.

CAPÍTULO XIII

LA mansión aislada conectaba telefónicamente con el pabellón del guarda. Por el auricular el fornido Crisson escuchaba las instrucciones del viejo Vian.

—Suelta los chuchos y déjales galopar hasta nuevo aviso. Tú abre bien los ojos. Es posible que un tipo mal intencionado ronde esta tarde por aquí. Si llama a la verja, déjale entrar adoptando las precauciones acostumbradas. Vendrá armado probablemente. Le quitas la pistola y nos traes al buen hombre. ¿Comprendido?

—Sí, señor. Todo. Descuide.

Colgó Crisson y abrió la puerta a los dos perrazos dogos que se abalanzaron por el parque nevado.

Crisson bajó hasta la verja y echó un vistazo a la carretera secundaria de Lorville. No se veía nada más allá de cien pasos y el linde más oscuro del bosque se confundía con el blancor de los campos circundantes.

Cerró con cuidado los pesados batientes de hierro forjado que había abierto para dejar pasar el “Honda” 800 color guinda.

Luego su mirada se orientó hacia la mansión de torreones en el centro del parque. Las luces chispeaban a través de los árboles. Pero ningún ruido podía atravesar la cortina algodonosa que caía con lentitud del cielo oscurecido.

El atlético Crisson sonrió en rictus torvo. Hizo jugar los músculos dentro de su canadiense sucia. Hacía ya cinco años que era guarda de la casa particular del viejo Vian y nunca hubo problemas.

Los visitantes sospechosos habían recibido el trato adecuado.

Legars llegó al anochecer, tras haber recorrido la cuadrícula del Bosque Lorville y apurar varios cafés en un parador. Supo que, en efecto, un viejo ricachón caprichoso poseía un "Honda" color guinda, conducido a veces por un chófer polaco.

Sí, una rubia rara, de claros ojos. A veces, elegantísima y simpática, otras veces, abandonada y como estupidizada. Drogas, insinuó el camarero ansioso de charla.

Legars detuvo el "D. S." a cincuenta metros del pabellón, arrimando el coche contra el muro del parque. El capó y la baca superior le sirvieron de estribo.

Una contracción en cabalgada lateral lo dejó montado sobre la cresta del muro. No vio nada hacia abajo y saltó en los setos blanqueados por la nieve.

Iniciaba un rodeo para abordar la casa por retaguardia, cuando los dos perros surgieron de entre los árboles en largos trancos silenciosos. Delatados por la rojiza luz feroz de sus ojillos.

Empalmaba Legars la Luger. Esperó a que los perros estuvieran a unos diez pasos. Tenían semejanza con los schlugui argelinos, sabuesos entrenados en la caza del hombre.

El primer disparo inmovilizó el inicio de salto de un perro. El segundo hizo revolverse en el aire al otro. Ambos cayeron pesadamente. De costado y sobre el lomo erizado.

El estampido de las dos detonaciones sorprendió a Crisson al fondo de su cocina, bebiendo café y coñac. Recogió su carabina y salió corriendo, deslumbrado por la nieve que hacía casi impenetrable aquel crepúsculo.

Crisson, inmovilizado, encorvó los hombros con una creciente sensación de miedo. Acababa de ver los perros, inertes, manchando de rojo el suelo nevado.

En torno, nada. Ni había reacciones en la mansión castillete, cuyas luces amarilleaban el fondo de la alameda.

La doble detonación se había tal vez perdido en aquella atmósfera agodonosa.

Dio media vuelta porque el agudo tintineo del teléfono interior repicaba precipitadamente. El viejo Vian debía estar inquieto. Con razón.

Los dos bestias de perrazos se habían dejado cazar como conejos

y alguien debía estar deslizándose por las tinieblas del parque.

La puerta del pabellón había quedado abierta y de un salto franqueó Crisson el umbral, abalanzándose hacia el teléfono.

Repentinamente, un violento torbellino lo izó en el aire. Su carabina le saltó de las manos. Sintióse zarandeado, empujado, entre muebles que crujían volcándose con estrépito.

La compuerta del sótano para carbón y leña estaba abierta. Quiso debatirse intentando cogerse al borde del pequeño lavabo.

Otro toque de judo le encogió el brazo. Un segundo cantazo en la nuca, complementado por un empujón de suela, lo precipitó cabeza adelante en el negro agujero.

Rodó escaleras abajo, y la pesada compuerta recayó atronando. No oyó nada. Estaba totalmente privado de sus facultades sensoriales.

* * *

El grupo estaba reunido en el salón, engañando la espera con frecuentes sorbos de whisky.

Walter, alisándose el bigotillo con el meñique, comentó riendo:

—El par de dogos es de miedo. Solamente con ver a estas bestias se enfría el más exaltado de los maridos enamorados. El fulano, si intenta saltar el muro, apenas vea las fieras, abrirá la boca gritando en petición de socorro...

Amortiguado por la distancia y la cortina compacta de nieve.

Jovian se limitó a afirmar:

—No hay miedo... El animal de Crisson lo arreglará. Me apostaría lo que sea a que el fanfarrón de Legars ha querido asustarle...

Alzó el aparato telefónico. El pabellón no contestaba. Comentó:

—Estará ajustándole las cuentas al intruso.

Walter pasó al vestíbulo cuyas puertas cristaleras daban al parque. Una silueta oscura remontaba a zancadas por la alameda central. Llamó:

—Venid a ver. Crisson se acerca, pero viene solo. Los dogos no le acompañan...

Jovian, Marisa y Marius Michel salieron del salón para mirar a través de los cristales.

Una silueta espolvoreada de nieve emergió de pronto en la dorada luz que brotaba de la fachada.

Agudamente exclamó Marisa:

—¡El hombre del “Alpine”!

Imprecó Jovian entre dientes y ordenó:

—¡Walter...! Llama al pabellón. ¿Qué diablos hará Crisson que dejó pasar a este energúmeno?

Legars veía las sombras moverse tras los cristales. Escaló en tromba los seis peldaños.

Asustado, Jovian alzó la mano para empujar el cerrojo. Un furioso patadón hizo volar en trozos la puerta y Jovian se desplomó de espaldas en medio de una lluvia de cristal pulverizado.

Marisa retrocedió paso a paso, aterrorizada, hacia la entrada del salón.

La risa muda del visitante era mucho más impresionante que su pistola de grueso calibre.

Marius Michel que se había deslizado por la penumbra del vestíbulo, se aproximaba sin ruido por detrás, y se lanzó en estirada para aprisionar las piernas de Legars.

Un golpe de tacón, seco como una coza, lo dejó sentado en el suelo, al lado del viejo Vian.

Al oír el estrépito, Walter soltó el teléfono y fue a camuflarse tras los cortinajes. Solamente él llevaba pistola.

Legars penetró en el salón. Bien iluminado, con su fuego de leños en el hogar, sus sillones cómodos, el sofá mullido, y los cuatro vasos medio llenos sobre una mesita. Denise no estaba allí.

Avanzó un poco más. El remate del cortinaje se estremeció un poco a su izquierda. Lo cogió con la zurda dando un recio estirón.

Los dos se hallaron cara a cara, a menos de un metro. Walter alzó el antebrazo.

La Luger trepidó en la mano de Legars y su estampido hizo retemblar los cristales.

Walter No-Sé-Qué resbaló sentado, aullando, dislocado el hombro.

La cocinera asomó el rostro aterrorizado al fondo del vestíbulo. Marisa adherida a la pared, no se atrevía a moverse.

Vio a Jovian y a Marius acudir con pasos cautelosos, sobre la punta de los pies, y abalanzarse a la vez sobre el violento visitante.

El atizador de fuego que empuñaba Marius asestó un sablazo lateral. En el vacío.

Legars se había inclinado bruscamente.

Los dos atacantes voltearon por encima de su espalda, ayudados por una tracción al cuello. Se aplastaron como peleles rotos, flanqueando a Walter, cuyos aullidos resonaban sofocados, en gemidos.

Ridzsenky, el chófer polaco de Jovian había estado dormitando en el piso alto. Tuvo que revestir su pantalón y la chaqueta de lana.

Apareció repentinamente en lo alto de la escalinata, con una escopeta de caza terciada, buscando el blanco en el confuso tumulto que asolaba el salón.

Crisson no estaba a la vista, los dogos tampoco. Y abajo, el patrón y sus amigos estaban encajando una tunda magistral.

El chófer apoyó la culata en el hombro para encañonar al que, por fin, quedaba visible.

Una bala le azotó el codo. La culata rebrincó golpeándole la barbilla como una matraca.

Aturdido por el porrazo, Ridzsenky abrió las manos para llevarlas al rostro. Su escopeta fue bajando a saltos por la escalera y giró en el vestíbulo, hasta inmovilizarse.

Intentó retenerse el polaco en el pasamanos, pero el mareo aumentó y su cuerpo formando un aro compacto rodó escaleras abajo hasta atravesarse junto al primer peldaño.

Una patada en las costillas le devolvió toda su lucidez. Se incorporó pestañeando, atónito.

El viejo Vian, Walter y Marius estaban alineados en el arco de la balconada mirador. Había sangre por los grandes mosaicos. El suyo y el del gigoló desfigurado por el dolor.

Marisa Dilmagio y la cocinera, lívidas de miedo, estaban sentadas una al lado de la otra, en una banqueta del vestíbulo. Dóciles como colegialas rebosando pánico.

El viejo Vian decía con voz temblorosa, algo confusa:

—No, no... no hay nadie más. Se lo juro...

Sus dientes superiores habían volado en la reyerta.

Con el cañón de la “Luger”, el energúmeno desconocido le indicaba al polaco que se uniese al grupo. El chófer obedeció sin rechistar, levantando el brazo válido, en señal de absoluta rendición.

El energúmeno no vociferó, ni lanzó maldiciones. Todo lo

contrario, habló suavemente, aunque mordiese las palabras.

—Por esta vez no ha sido mucho el estropicio... Pero la próxima, juro que os forraré de plomo a modo de saludo. El otro día me tomasteis por un matasiete de boquilla. Estoy seguro que mi visita de esta noche, os hará cambiar un poco de opinión... Ahora, repito por última vez, ¿dónde está mi mujer?

Marisa Dilmagio se levantó lentamente:

—Voy a buscarla.

Aconsejó Legars:

—No tarde demasiado. Y no silbe a los perros. No vendrán.

Marisa contorneó la escalera y desapareció en la penumbra del office.

Hacía horas, infinitas horas para ella, que Denise alternaba las crisis de llanto con los vanos intentos de fuga.

Y de pronto, el estrépito de la escaramuza le remontó la moral. Cuando todo se apaciguó, aguardó anhelante con la oreja adherida al panel alto de la puerta.

Marisa Dilmagio giró la llave en la cerradura, abrió de golpe y se apartó rápidamente a un lado.

Era mujer. Entendía de reacciones femeninas.

Una silla proyectada con fuerza surcó el aire.

CAPÍTULO XIV

LEGARS vio a su esposa aparecer corriendo, sueltos los cabellos, trémulos los labios. Se precipitó ella. Y Legars la contuvo con el brazo izquierdo en torno al talle. Le mostraba con la pistola el grupo silencioso. Invitó:

—Si quieres darle tortazos, ahora es el momento, muchacha.

Denise se refugió tras él, asiéndose de su hombro izquierdo.

Marisa regresaba, y se detuvo a varios pasos del grupo. Jovian, Walter y Marius se mantenían muy quietos, pero el furor contenido contraía sus rostros magullados.

Legars pensaba que había rescatado a su mujer, pero aquella breve estancia en un mundillo sin escrúpulos, podía afectarla durante meses.

Esta idea influyó en la rencorosa entonación:

—Me buscasteis y se os ocurrió la canallada peor, para recuperar un botín que ni siquiera es vuestro. Fueron otros ocho los que por lo menos sudaron en el atraco. Vosotros no sois más que recogedores de basura.

A su espalda, musitó Denise:

—No te enfades más, Roger... Por favor.

Asintió él, pero prosiguió más calmado:

—Estabais seguros de que yo era un fariseo que me beneficiaría de un dinero dos veces robado, y dos veces perdido.

El aire frío entraba a rachas por la puerta estallada. Legars apoyó el cañón en la panza del Viejo Vian:

—He pasado parte de la tarde explicando mi historia en un despacho de la P.J. No he soltado ni media sobre su existencia,

viejo buitire. Mañana leerá en la Prensa que la policía de Mazamet está por la granja. No han encontrado más que cadáveres. Nada de billetes. He podido convencer al comisario Pascal de que los billetes no estaban en mi bolsillo. Me dejó libre, lo cual debería darle algo más de sensatez, Viejo Vian. Haga cómo el comisario. Bórreme de su lista.

Miró de pronto, fijamente, a Marisa Dilmagio:

—Tiene usted un margen de diez segundos para explicarles a sus compinches lo que hizo con este maldito botín. Me quedan cuatro balas en el cargador. Cuando haya contado hasta diez, con harto dolor de mi alma, le alojaré la mitad del remanente de plomo. Y sabe usted perfectamente que lo haré:

Marisa Dilmagio empezó a hablar como una sonámbula.

—¿Y yo qué sé? Ser la esposa de un atracador no tiene nada de divertido. Cinco años huyendo, escondiéndome. Y Raymond dándome palizas cuando bebía demasiado. Y meses de cuarentena en algún rincón perdido. Miles ganados en una noche que se iban al día siguiente al póquer o en la grupa de un penco. La desgracia con estos cretinos es que siempre quieren más dinero... “¡Un golpe formidable, chica! El último, palabra de macho. Nos compramos un bar de lujo, y a vivir en grande...”

Marisa escupió en el suelo, con poca distinción.

—¡Y al cuerno el bar de lujo! Ya lo tiene Raymond su bar. Judías gratis en presidio hasta el año 77. Y todo por culpa de este marrano...

Tendió el brazo hacia Jovian:

—Fue él quien le calentó los cascots a Raymond. Media banda se refugió en Marsella con Raymond, la otra aquí con Michel el mayor. A los primeros los pillaron en una choza. ¿Adivinan ya quien les dio la dirección, verdad? Este marrano.

Volvió a escupir. Legars la escuchaba compadecido.

—Fue precisamente el mismo día en que el Viejo Vian me secuestró, invitándome a almorzar. He vivido tres meses en el cuartucho dónde su esposa acaba de pasar tres horas. Por fin, me rajé y dije donde estaba el botín. El Viejo Vian delegó su confianza en Michel el mayor. Llegando cerca de la granja, chocaron el coche. Fuimos a pie, hasta la cueva. La vista de los billetes los enloqueció. Aproveché para huir y esconderme. Usted se fue. Me aproximé al

patio.

Miró a Legars con ojos dilatados que le daban expresión de locura:

—No me creerá, señor, pero fue así. En el patio ni en torno, ya no había maletas. ¡Habían desaparecido!

Los dedos de Denise crispándose, se hundieron en el hombro de Legars. Bajó él con lentitud la diestra.

La vulgaridad de Marisa era un desahogo. Una sencilla y lamentable mujer que creyó en la aventura junto al truhan guapo. Dijo Legars:

—Creo que es usted sincera, Marisa. Sin embargo, para éstos, su testimonio no vale más que el mío. ¿Sabe ya ahora lo que pasó?

—Me lo supongo. Aquella mañana no estábamos usted y yo solos cuando cesó el último disparo.

Enlazando a Denise por el talle, la llevó Legars hacia la puerta. Sin dejar de vigilar a los agrupados. Y en impulso de lástima, se detuvo en la abertura. Dijo:

—No debió volver a esta casa, Marisa.

Quejumbrosa la entonación, expuso ella:

—El Viejo Vian me habría hecho repescar por cualquiera de sus corresponsales, y Raymond se habría enterado en su celda. Vaya donde vaya, siempre tendré a dos o tres espías sobre los talones. Dos millones es mucho dinero... Prefiero el confort de este lugar.

Enlazados, Legars y Denise se apresuraron por entre los árboles, bajo la nieve deslumbrante. Ella se estremecía a ratos.

—Todo pasó, mujer. Ya no volverán nunca a molestarte.

* * *

Crisson salió del sótano de carbón con las ideas muy confusas. No era su día de descanso, y sin embargo, tenía la impresión de hallarse bajo los efectos de una curda espantosa.

La puerta del pabellón seguía del todo abierta. La única sala parecía arrasada por el paso de un ciclón.

Crisson se asomó un poco afuera, y silbó impaciente. Imprecó:

—¡“Lulú”! ¡“Mimí”!

Maldijo entre dientes, porque le dolía mucho la cabeza. Estaba en contra de una pareja de sexo opuesto. Cuando se les necesitaba con urgencia, se dedicaban a corretear seguramente en retozos amorosos.

Al fondo, las luces amarillas del castillete, vacilaban, ondulaban. Dos siluetas bajaban por la alameda, con prisa.

Crisson entró precipitadamente en el pabellón, y salió con paso titubeante, abrazando su carabina cuyo cañón se bamboleaba a derecha e izquierda.

No se dio ni cuenta. Las siluetas se habían aproximado. Se separaron a unos metros de la verja. La más alta se irguió repentinamente delante de él.

Crisson emitió un chillido de miedo y alzó su arma, encajando la culata en su hombro. Apretó el gatillo.

Lo que oyó le dejó bastante perplejo.

—¡Pac-úúúm!

Resonaba parecido a un disparo, pero era una voz burlona.

Y de pronto, Crisson se encontró boca abajo en la mullida nieve. Algo delgado, duro como un canto de ladrillo, acababa de resonar en su cogote.

Alguien le arrastraba por los pies, a toda velocidad, en dirección al pabellón. Manoteó, y el arrastre se detuvo. Quedaba libre de piernas. Perneó.

Ahora le arrastraban por las muñecas, boca abajo siempre. Vio aproximarse el negro agujero del sótano de carbón, cuya compuerta se había olvidado de cerrar al salir.

Verdaderamente, aquella era una pesadilla. Rodó escaleras abajo y la compuerta restalló cerrándose a poca distancia de la cabeza del embrutecido matón del Bosque de Lorville.

Marius Michel, el menos sonado de los inquilinos de la casa, vino a abrir la compuerta. Se asomó preguntando:

—¿Se fueron?

Crisson indagó tambaleándose:

—¿Quién? ¿Quiénes? ¿Cuántos eran? ¿Dónde están que no los veo?

Subió a gatas las escaleras. Bebió al gollete del frasco de coñac.

No cabía duda que lo peor de una borrachera eran las primeras horas. Luego todo se esfumaba, sin pesadillas. En sueño profundo.

La verja estaba abierta por completo sobre la solitaria carretera de Lorville.

Marius Michel no veía ningún coche. Solamente las dos rodadas que la nieve ya empezaba a rellenar.

Y respiró aliviado. Le habían ordenado cazar a la pareja fugitiva. Tuvo la precaución de aguardar cinco minutos entre los árboles, lo más lejos posible del energúmeno de la “Luger”.

Le gustaba vivir. Como fuera. A su edad, tenía mucho porvenir por delante. Si abandonaba para siempre el duro sendero de los que traficaban con el miedo ajeno, a base de pasar mucho miedo, como en su caso personal y de sus ex amigos Jovian y Walter.

Volvería a su profesión de camarero. Paga segura. Y tranquilidad. Nada de miedo. Muchas propinas. Esto era la verdadera vida.

CAPÍTULO XV

LOS contratiempos empezaron con los primeros grandes titulares de la Prensa: “La matanza de la Granja”, “Los gangsters ametrallados”, eran los menos truculentos.

Por todas partes donde le conocían, la gente se ponía a cuchichear a su paso, mirándole con fascinado horror.

Una gloria muy dudosa, pero menos horripilante que el silencio fúnebre de sus familiares, de su jefe Vernon y del consejo directivo de la Orvel, que votaron su exclusión.

Fue despedido con una sustanciosa indemnización.

Dos horas más tarde, firmaba un buen contrato con una poderosa sociedad de utillaje y recambios, cuya directiva consideró que el suceso de la granja era un accidente que pudo sucederle a cualquier ciudadano honorable.

Un primer desplazamiento no profesional, lo llevó hasta Mazamet en un coche de la Policía Judicial en compañía del comisario Pascal y la joven viuda Dominio.

Fue en el transcurso de este viaje, en la parada del almuerzo, cuando la señora Dominio hizo alusión a un posible sospechoso.

Contempló tímidamente a su víctima y a los sonrientes policías:

—Por muy poco, el señor Legars hubiese escapado a esta avalancha de catástrofes. Otro coche se detuvo cinco minutos antes cerca de la parada del autocar. Su conductor estaba dispuesto a llevarme, pero tenía que ver a un cliente en la aldea, y me pidió que le aguardase. Fue entonces cuando apareció el “Alpine” gris del señor Legars.

El aludido prefirió mirar a su plato. Proseguía ella:

—Poco después llegaba el otro automovilista y viendo a mis familiares les dijo que su cliente no estaba, y preguntó por mí. O sea que no fue una sola vez, sino dos que mi maldito bolso hubiera podido caer en otro coche... ¿No les parece curioso?

Legars prestó repentinamente mucha atención. El rostro sonrosado del comisario Pascal se había inclinado y su mirada vaga seguía una mosca invisible en torno a la cabeza de la viuda.

Preguntó indiferente:

—¿Qué aspecto tenía este segundo conductor?

—Un gordinflón que debía pesar cerca de los cien kilos. Uno de esos joviales individuos que siempre están bromeando. Ignoro lo que vendía, pero la banqueta posterior de su coche estaba llena de maletas.

—¿Podría reconocerle?

—¡Sin duda alguna! Por la panza y su cara de bromista.

Pascal se volvió hacia Legars:

—¿Quién sabe? Tal vez se trata del individuo que escribió el anónimo.

Legars se limitó a arquear las cejas, encogiéndose los hombros. La denuncia anónima le tenía ya sin cuidado.

El grupo pasó cuarenta y ocho horas en Mazamet, para atender los formulismos del expediente judicial.

Se procedió a la reconstrucción.

Legars volvió a ver sin la menor emoción, la hondonada tapizada de nieve y tuvo que repetir todos sus movimientos entre la granja y el abismo.

El “Renault” verde, robado en París, seguía oxidándose, convertido en una informe masa, junto al hoyo.

Y el juez de instrucción lanzó su primer alfilerazo:

—Que usted hiciera despenarse el coche con un cadáver dentro, pase todavía, puesto que los otros malhechores esperaban esta maniobra. Pero demostró usted un extraño interés especial al arrojar a esta fosa tres cadáveres todavía calientes.

—Me fui de la granja dejándoles en el patio con sus maletas. En el mismo sitio donde mi ráfaga los tumbó.

Agriamente rebatió el juez:

—Nada lo demuestra. Su buena fe solamente es valedera en

París. Aquí, la libertad que todavía le queda pende de un hilo muy delgado.

La velada acusación del juez era un globo de ensayo. Los policías lo deshincharon noblemente mencionando el informe forense: de los cuatro cadáveres, tres habían permanecido al aire libre más de un mes, antes de ser despenados.

Y el comisario Pascal remachó:

—Los dos millones ya habían volado mucho antes. Al verse más seguros, los autores del robo juzgaron más prudente regresar para dedicarse a la faena de sepultureros.

Legars dejaba hablar. Estaba dispuesto a no encolerizarse, salvo que lo acusasen de algo que considerase innoble.

El juez de instrucción era muy joven, de gestos delicados y frágil constitución, la cual debió ahorrarle todas las incidencias que endurecen el espíritu, incluyendo el cuartel.

De regreso al patio de la granja, echó una mirada de repulsión hacia los sacos de paja que los gendarmes habían tirado ante el abrevadero para fingir la hecatombe del 18 de setiembre. Dijo con tono severo:

—De todas formas, no me negará que se le fue a usted la mano, amigo mío.

—¿Y qué quería usted? ¿Tenía yo que dejarme asesinar para complacer a la sociedad?

—No tanto, pero este montón de cadáveres nos ha colocado en una situación desagradable, dando mala fama a la comarca. Y entre los cuerpos muertos había el de una mujer.

—Lo siento, pero no tuve tiempo de ponerle un letrerito a las balas, indicando que sólo eran aptas para hombres.

—Le ruego me ahorre su ironía de... ex ametrallador.

—No puedo, señor juez. La adquiriré cumpliendo mi servicio militar. Y si no me engaño, el pasado de esta mujer se las traía en lata. Era acusada de asesinatos. En todo caso, para mí, tenía más valor mi piel que la suya. Si algún día se encuentra usted ante una fiera de esta clase por una carretera desierta, olvídense de toda galantería, y pise a fondo el acelerador. Los asesinos la acompañarán, a menos que no sea ella misma la que le hingue el cuchillo o plomo.

Partió de Mazamet con un pronunciamiento favorable de “no ha

lugar”.

Pascal y sus dos adjuntos lo regresaron a París.

En cierto momento, el policía del bigote en cepillo, comentó:

—Los billetes robados tardan en asomar. Estén donde estén, los que los atesoran demuestran una extraña prudencia al no poner en circulación ni uno sólo.

—Salvo los que fueron hallados en el bolso de la viuda —objetó Legars.

Intervino Pascal que parecía adormilado hasta entonces:

—El bolso de la viuda contenía dinero limpio. Es probable que Michel y su banda se frotasen las manos al hallar esta ganga en la alfombrilla de su “Alpine”. Los quince mil francos fueron repartidos entre ellos, para cubrir los gastos.

—Pero, ¿por qué reapareció el bolso delator?

—Laila Michel se lo quedó para guardar dentro una cantidad igual en billetes robados. Lo debió perder durante las idas y venidas que la banda efectuó durante la noche, buscando a la rubia. O también pudo deslizarse fuera de su coche, al día siguiente cuando usted abandonó la granja, ¿no le parece?

Legars denegó, fruncido el ceño:

—Es imposible. Yo no pasé por el lugar donde fue hallado el bolso, cuando abandoné la granja. ¿No se lo dije el otro día en su despacho?

—Sí, pero en aquel momento no insistí. Daba usted la impresión de un hombre que encubre a alguien.

—Posiblemente me escarbaba el seso con otra teoría que a lo mejor usted no ha enfocado todavía, comisario.

—Explíquese, por favor.

—Laila recoge el bolso de la viuda en un rincón de mi coche, donde había escapado a mi vista. Se lo guarda sin decir ni palabra a sus camaradas. Es un pequeño beneficio personal del cual no piensa disponer sino en caso extremo. Al día siguiente, instantes después de mi partida, gente de la cual nada sabemos, descubre aquel bolso negro entre las maletas. También se le puede atribuir a esta gente desconocida esta sustitución de billetes que ahora nos parece inexplicable.

Pascal pareció muy interesado:

—Y por consiguiente serían ellos que lo habrían perdido algo

más tarde en la hierba del terraplén, al remontar.

—Sí. Lo habrían perdido..., a lo mejor voluntariamente.

El calificativo hizo respingar a los tres policías. Melosamente, dijo Pascal:

—Cuidado, amigo... Nos está usted señalando a alguien.

—A nadie en concreto. Pero me agudiza la mala intención, el pensar en la serie de indicaciones sucesivas que me señalaron a mí, como un sospechoso de primer orden. Este juego de manos del bolso, se me antoja que no fue una pérdida involuntaria.

—¿Qué cree entonces?

—Fue una imbecilidad gratuita que escondía una intención perjudicial para mí. Ahora que ya estoy fuera de represalias legales, esta imbecilidad malévola podría volverse contra quienes la cometieron, tal vez en un instante de pánico. Recuerde una cosa, comisario. No tendría nada de extraño que la viuda de Chaumont pueda serle útil en fecha próxima.

* * *

Un mes de trabajo y tranquilidad devolvieron la feliz despreocupación al piso de Boulogne.

El cuarteto del Bosque de Lorville ya no dio más señales de vida. La policía seguía buscando en vano los dos millones del atraco Dilmagio, pero la Prensa ya había olvidado el asunto.

Legars hizo un primer viaje fructuoso para su nueva empresa, por la región oeste. Había algo distinto: Denise le acompañaba por montes y valles.

La camaradería de la carretera ponía una nota alegre en la renovación de su cariño. La nueva alegría de Roger Legars la supo comprender su esposa. Conocía a fondo a aquel hombre rudo y reservado, poco propenso a exteriorizar sentimientos.

Estaba ahora reviviendo una segunda luna de miel. Una noche de enero, al regresar de una gira por París, tras una cena placentera, se sobresaltaron al ver una silueta reclinada indolentemente contra su puerta.

El comisario Pascal, arropado en su abrigo-capa, arrugado, de las horas de acecho. Su rostro sonrosado y plácido sonreía en la penumbra:

—Llegué media hora antes que ustedes, pareja feliz.

Estrechó las manos que le tendían y añadió:

—Vengo en busca de poca cosa. Un nombre, simplemente un nombre. Y sé qué usted, Legars, puede dármelo.

—Se equivoca. Mi hipótesis del mes pasado no era sino una elucubración sin importancia. Y segundo... yo no "doy" a nadie, aunque fuera mi peor enemigo. Cada cual su trabajo, comisario. Sus dificultades no me conciernen, ¿sabe?

—En tal caso, le ruego que venga conmigo. Su testimonio me es absolutamente necesario. Tiene que venir conmigo.

Y amablemente tranquilizó a Denise:

—No se inquiete, señora. Su marido le será devuelto sin falta antes de mañana por la noche.

El coche negro de la P.J., esperaba abajo. Las escobillas del parabrisas abrían dos agujeros negros en el cristal afelpado de nieve.

Al principio Legars no vio la dirección que emprendía el coche. Pascal le informó:

—La policía de Mazamet nos espera mañana para almorzar. Espero que el menú compensará nuestro desplazamiento. ¿No adivina lo que ha sucedido?

Legars tenía sueño. Gruñó indiferente. Pero poco después se envaró sorprendido. Explicaba Pascal:

—Los billetes de la viuda, los buenos, los del notario, han reaparecido. Su numeración había sido propagada discretamente. Para la persona que ahora los ha puesto en circulación, son tan comprometedores como los billetes de la granja Troufond.

Legars escuchaba impaciente. Tras su pausa efectista, agregó Pascal:

—Después de dos semanas de sondeos y encuestas bancarias, nos dimos cuenta que los billetes legítimos volvían a la circulación en los mismos sitios, sobre un determinado itinerario. Por ejemplo... Ya está previsto que mañana, el billete número catorce caerá sobre el mantel de una mesa de restaurante. ¿Conoce un lugar llamado Lagunette?

—Perfectamente. Es una etapa en la ruta de Clermont. Tiene un parador magnífico. El Floridor.

* * *

Una quincena de comensales se esparcían por la amplia y hermosa sala rústica del Parador Floridor. Ninguna mujer, salvo las

camareras. Hombres solos, de aspecto aburrido, viajando comercialmente.

Como había quedado convenido, Legars no fue a las mesas preferentes alineadas junto a la ventana, y se instaló al fondo, donde el mediodía gris hacía juego melancólico con la aureola amarilla de los faroles campesinos.

A la izquierda, al final de la misma línea, el comisario Pascal almorzaba a solas, perdida su mirada soñadora hacia puntos indefinibles.

A la derecha, había tres charlatanes, lanzándose bromas de mesa a mesa. Parecían viajeros en quincalla que hubiesen abusado de los aperitivos ansiados, pero Legars pensó que era un fácil camuflaje, encubriendo a jóvenes policías.

Estaba Legars encargando su segundo plato cuando más clientes invadieron la sala. Volvía la espalda a la entrada. Tampoco Pascal prestaba atención, al parecer.

Una silueta corpulenta se movía en el dintel, y la dueña se precipitó hacia el recién llegado que iba de mesa en mesa, apretando algunas diestras de conocidos.

Su risa sonora, su vos pastosa y campechana, hicieron más jovial el ambiente tranquilo que imperaba bajo las venerables vigas del Parador.

—Buboso, el rey de las prendas para bebés —exclamó uno de sus conocidos.

—Exacto. Ese soy yo.

Pensaba Legars que aquel pelmazo, de maciza silueta, con redondeces de glotón, se aproximaba a los cien kilos citados por la viuda Dominic.

El gordinflón seguía avanzando hasta el fondo de la sala, en busca de otro admirador o de otra víctima de sus pesadas bromas.

Legars atacaba su segundo plato. La corpulenta figura se detuvo. Y en tono muy bajo comentó Dubosc:

—Vaya, vaya... Que me ahorquen si no es el super vendedor de la "ORVEL"... Me dijeron que ya le habían desalojado de este sector.

—He regresado por la comarca simplemente por placer.

Y alzando la vista agregó Legars incisivamente:

—Me había prometido romperle la cara a alguien, pero hoy no

me siento propenso a ejercicios gimnásticos.

Dubosc emitió una risita algo ahogada que no correspondía a la repentina tensión de sus facciones. Fue a una mesa, y sentándose se sumergió en la lectura de la carta.

Hacia las dos la sala se vació en pocos minutos. Pascal fue el primero en desaparecer, seguido de los bromistas del fondo, cuya jovialidad empezaba ya a sonar falsa.

Legars salió el último, por la puerta del patio. No creía en la eficacia de la trampa, aunque estimaba inteligente al comisario Pascal.

Dubosc permaneció solitario, ante su coñac, en un restaurante mal iluminado que iba enfriándose de segundo en segundo.

Chasqueó los dedos para reclamar la cuenta, y tiró con negligencia un billete grande sobre el mantel, sin fijarse en la delgada mano que tendía el platillo con la cuenta.

Una voz junto a su oído silabeó:

—Ladrón de bolsos.

Alzó bruscamente la cabeza, ladeándola. Una mujer, alta, delgada, enteramente vestida de negro, estaba tiesa, envarada, junto a la mesa.

Primero no la reconoció. Luego, aquel rostro blanco y huesudo fue regresando, rasgo por rasgo, a su memoria.

Un día soleado de setiembre...

La viuda Dominic reía sin ruido, mostrando toda su dentadura.

Dubosc la rechazó de un codazo, mirando en torno con miedo repentino. La sala estaba vacía y nadie acechaba en las ventanas.

Dubosc, levantándose, embistió hacia la gran puerta de salida, como un toro furioso.

Al otro lado del dintel, una alevosa zancadilla le hizo entenderse por la nieve. Los tres policías lo ayudaron a levantarse. Colocándole las esposas, y quitándole las llaves del coche.

Legars contemplaba la escena con asco, ante la expresión abyecta del gordo Dubosc.

Los dos millones del gang Dilmagio estaban apilados en el fondo del “Opel Caravan”, muy bien protegidos y camuflados entre dos capas de camisetas de lana rosa y azul.

Pasado el choque brutal de la primera sorpresa, Dubosc recobraba su insolencia. Y exclamó:

—¡Me bastó inclinarme para recogerlos! ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar, eh?

Ordenó Pascal:

—Llévenle al comedor. Y que cante, pero a fondo. Todo.

Dubosc cantó ante un escaso público de cuatro policías, una viuda y el principal interesado. Además, habían conectado tres grabadoras. Una cinta para el juez, otra para la policía, y en la tercera, una para el principal internado: Roger Legars.

CAPÍTULO XVI

EN el piso de Boulogne, Denise escuchaba la voz de Dubosc, relatando con inconsciente fanfarronería las incidencias del 17 de setiembre, y la trágica continuación del 18.

Al enterarse que Legars había recogido en su coche a la viuda, Dubosc impulsado por una curiosidad que en él, era una pequeña manía, decidió hallar un punto débil en la aparente seriedad de Legars.

Antes de irse de la parada del autocar, oyó una frase dicha por un miembro de la parentela de la viuda:

—Espero que la pequeña tenga tiempo de depositar su dinero en el Banco.

Cuando Legars no se presenta en el refugio montañoso, Dubosc empieza a sospechar algo raro. Efectúa un reconocimiento por la carretera, y adelanta de pronto el “Alpine” gris de Legars.

Pero el del volante es un individuo de aspecto siniestro, muy moreno, vestido como un mecánico, y acompañado por una barriobajera que no tiene el menor parecido con la viuda rubia.

Más intrigado que nunca, Dubosc aparca su coche en el kilómetro doce y sigue a pie, disimulándose por el terraplén. Viendo el “Alpine” gris abandonar la carretera y bajar por una mala pista lateral.

Regresa a dormir tranquilamente. Al amanecer vuelve a detenerse donde la noche anterior. Está intrigadísimo. Sospecha que a lo mejor, Legars es un agente secreto que se entrevista con espías enemigos.

Llega hasta una barrera rocosa desde la que distingue la granja.

Y empieza lo que parece pesadilla. No puede retirarse, porque el miedo le paraliza, y teme que lo cacen a tiros.

Cuando se apagan los ecos de la ráfaga final, oye arrancar el “Alpine” que pasa debajo de su observatorio. Lo conduce Legars. Un silencio total reina en la granja.

Se decide Dubosc. Entra en el patio. Abre por azar una de las maletas, y la visión de los billetes, parte de los doscientos millones en billetes antiguos, lo marea. No tiene titubeos.

Sus manos funcionan solas, reúnen las maletas que suspende de su hombro. Dentro del coche, ya lejos, vacía las maletas, ocultando los billetes. En la última maleta encuentra el bolso de la viuda.

Siente una inspiración. Fue Legars quien transportó a la viuda. Ya tiene hacia donde dirigir las sospechas. La viuda habrá formado escándalo en la comisaría reclamando su bolso.

Piensa Dubosc que si sustituye el dinero del notario por una cantidad equivalente en billetes robados, Legars tardará en salir de la cárcel. Le es muy antipático Legars. Nunca le rio una sola broma.

Instantes después, Dubosc arroja el bolso de la viuda hacia la hierba del terraplén. Alguien lo encontrará algún día. Es muy posible que sea recogido por manos honradas.

Un factor que consolidará la impunidad de Dubosc lanzando a la policía sobre el rastro de Legars, el antipático y serio ingeniero.

Y su voz epilgaba riente:

—Además, nada hay que puedan reprocharme. Ni siquiera he tocado un sólo billete de los gangsters...

La amable voz del comisario Pascal prometía:

—Procuraré que le endilguen por lo menos cinco años. Por incautación indebida, por sembrar pistas falsas, por disponer de dinero robado..., y sobre todo porque es usted el cerdo más repulsivo de toda la temporada delictiva.

Desconectó Legars la grabadora. Y comentó intrigado:

—Sigue sin aparecer el autor del anónimo. Dubosc lo negó rotundamente. Pascal hizo comparaciones sobre la escritura. No era la de Dubosc.

Hablando, iba y venía por el salón, sin ver el rostro asustado de Denise. Añadía Legars:

—Lo más curioso es que la carta anónima incluía un detalle que solamente podían conocer dos personas: Dubosc y la tontaina de

viuda que se cruzó estúpidamente en mi camino.

En el silencio que siguió, preguntó Denise tímidamente:

—¿Qué detalle, cariño?

—Yo me detuve medio kilómetro antes de Chaumont para llenar de gasolina mi tanque.

—¿Y...?

—Eliminemos a la viuda, puesto que ignoraba mi nombre cuando la carta anónima llegó a la Comisaría de Mazamet. Solamente queda Dubosc...

Muy tenue la voz arguyó Denise:

—Pero dices que la letra no es de Dubosc, sino de otra persona.

Legars abrió los brazos exasperado:

—¡Alguien la escribiría al dictado del cerdo de Dubosc!

Y fue hasta la ventana para contra el cristal, contemplar distraídamente las luces de París. De nuevo la paz, la tranquilidad...

Rio de pronto comentando:

—Lo que Dubosc no ha sabido es que habían inscrito su nombre y dirección al dorso del sobre. ¡Buena broma pesada para el muy pelmazo!

Denise Legars rio también. Muy aliviada. En cierto modo, había triunfado al ir simulando con gran paciencia una caligrafía muy distinta a la suya.

Y su marido nunca pensaría en ella como autora de aquel anónimo que escribió para terminar con el miedo constante en que vivía.

Ahora solamente imperaba el sosiego de una pareja bien unida. Lejos de toda pesadilla. Lejos de la tan abundante casta de traficantes del miedo.

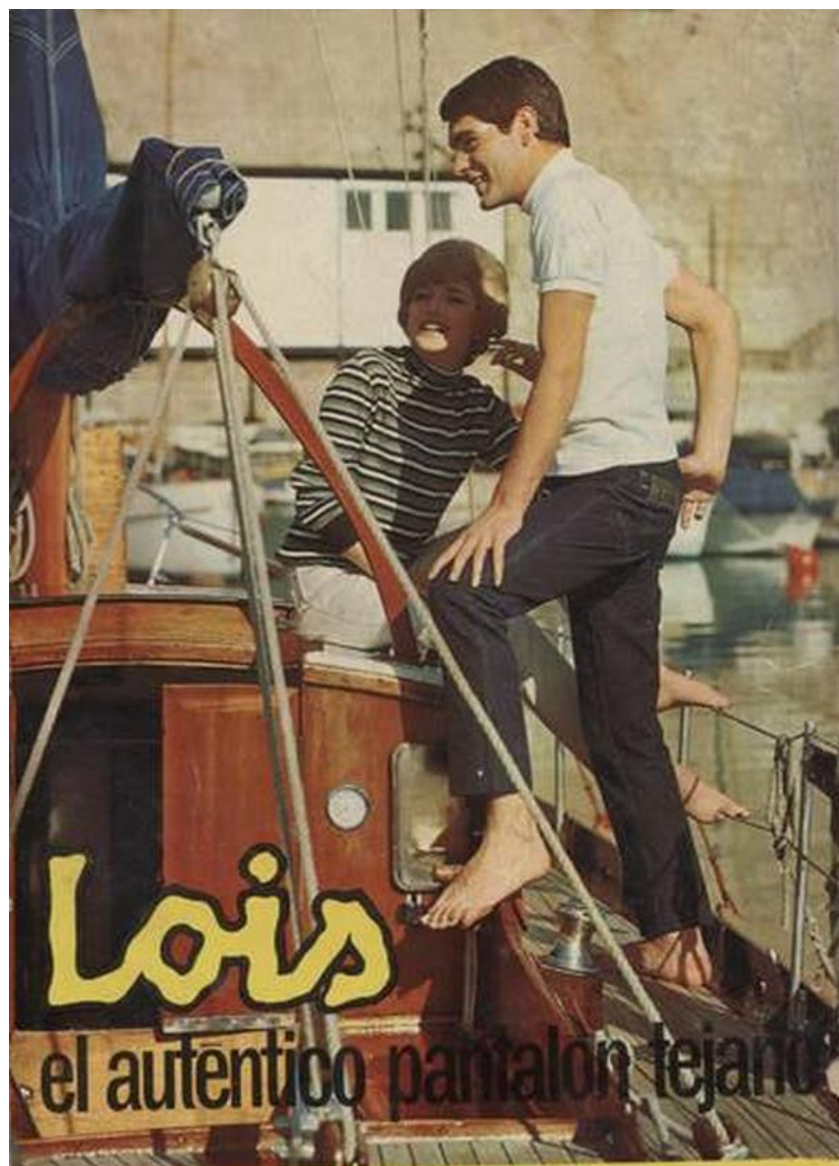
FIN

PIDA REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS - PIDA

Будильники и часы. Минимизация потерь. 100. Глава 10.
Б. 1. 11 а. - Сектор новых технологий. 1. Проект. 100. 100.



Sansón Institut-Ap. Correos 8047-Barcelona



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 p^{tas}